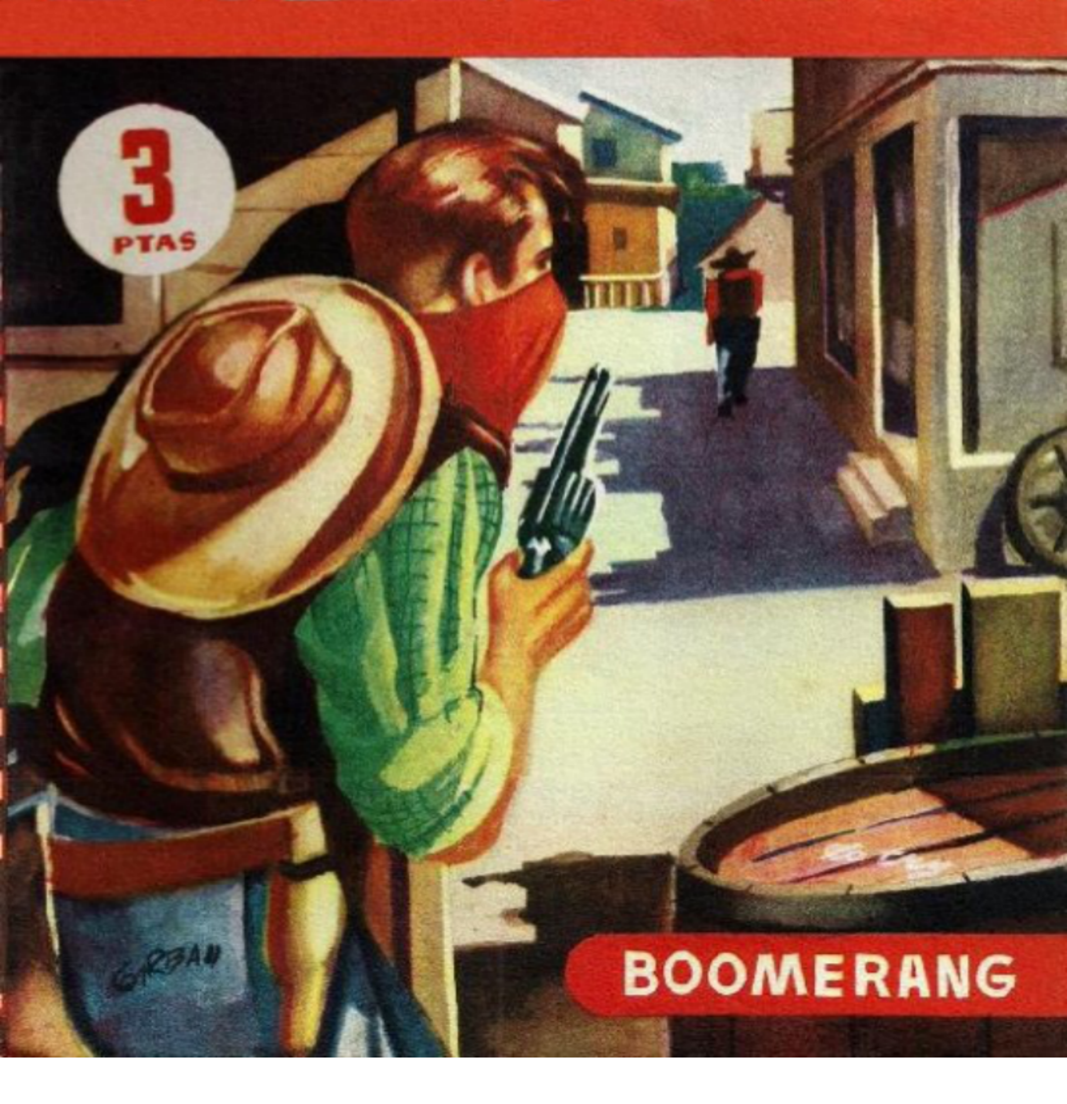
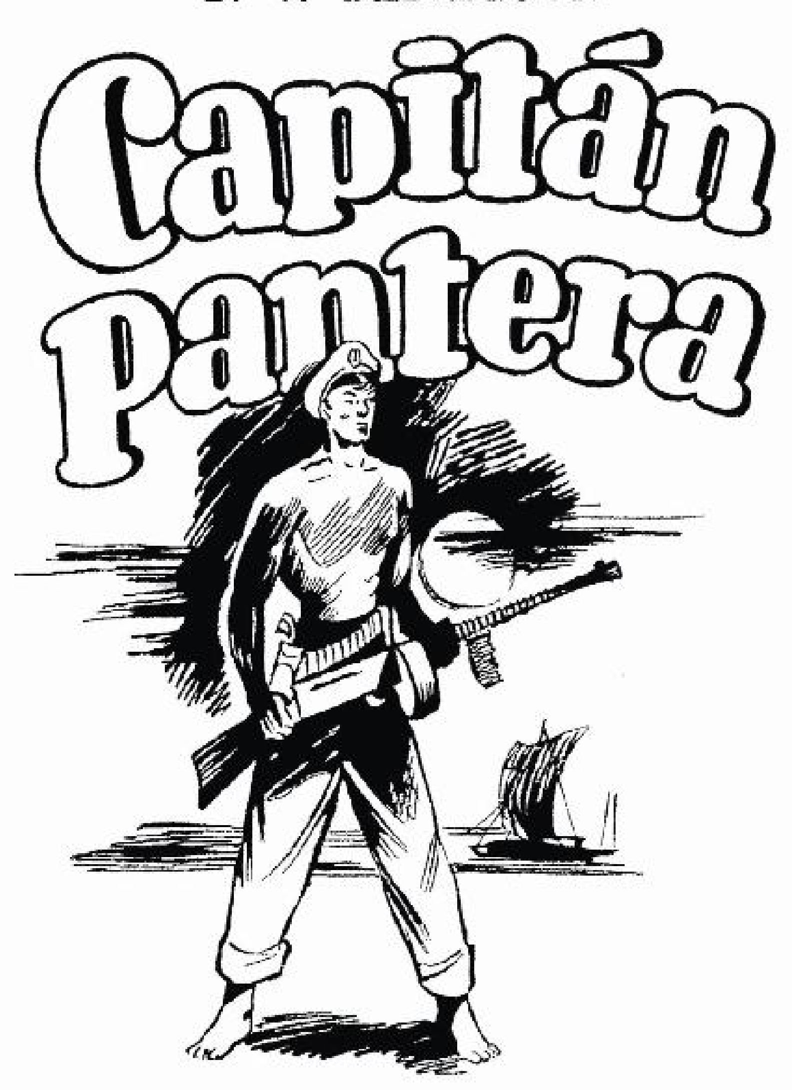
CAPITAN Pantera



P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES



Por P. V. DEBRIGODE

Capítulo Primero

EL CABALLERO ANDANTE

Fué el sargento Francis Romney, del «Australian Warder Corps», quien capturó al "Jinete del Pañuelo Negro", después de dos años de persistente persecución, en la que el misterioso y extraño bandido, parecía esfumarse inesperadamente cuando el experto sabueso australiano le pisaba ya los talones.

Aquella detención, constituyó un triunfal éxito para el sargento Romney, y sin embargo Francis Romney cuando meditaba sobre lo sucedido, en su fuero interno no se hallaba satisfecho.

Era legendario en todo el estrecho de Torres, la implacable devoción que Francis Romney sentía por el cumplimiento de su deber que había jurado realizar al aceptar su cargo.

No había hombre más íntegro y honesto que Francis Romney en toda la zona circular que comprendía su demarcación. Una zona en que abundaban aventureros de toda calaña, arrojados por la resaca de delitos cometidos más allá del golfo de Torres y la isla de Nueva Guinea.

Si en algún «saloon» frecuentado por mineros, jugadores y otros sujetos de indefinible ocupación, alguien hubiese dicho que el severo sargento del «Cuerpo de Vigilantes Australianos» simpatizaba con algún perseguido por la ley, sus oyentes hubiesen rechazado tal acierto como la más frágil de las calumnias insostenibles.

Y nadie podía ni siquiera vislumbrar la verdad. Nadie podía imaginar que Francis Romney, el hombre que envió al "Jinete del Pañuelo Negro" a Carpentaria, el presidio de los «enterrados vivos», sentía, si no remordimiento, cierta desazón cada vez que pensaba en el misterioso bandido, que por espacio de dos años impuso su ley personal en todo el territorio encomendado a la vigilancia de los «warders» dirigidos por el duro y eficiente Francis Romney.

Ahora el "Jinete del Pañuelo Negro" estaba en Kerringdale, el fatídico presidio, donde bajo un sol abrasador se quemaban los cuerpos en continua y fatigosa labor de canteras y los cerebros cesaban de ser hábiles para no pensar en otra cosa que no fuera la evasión.

Pero contados habían sido los que habían logrado huir más allá de veinte leguas de los muros exteriores del campamento de Kerringdale. Los dogos, el pantano y los tiburones formaban una triple barrera de

seguridad que añadir al cordón de vigilantes armados con rifles.

El Tribunal de Grassmate, había sido quizá excesivo, pensó Romney, al condenar a veinte años de trabajos forzados a Mario Hidalgo.

Pero en el pensamiento de Francis Romney no influía su acato a la ley, sino su personal apreciación de los hechos por los que le fué ordenada la captura muerto o vivo del apodado "Jinete del Pañuelo Negro".

Nadie sabía quién era, y la labor de Francis Romney había sido ardua. Cuantos informes recogía le conducían al mismo resultado: un jinete cubierto rostro por un pañuelo negro, aparecía en distintos lugares de la demarcación señalada a la vigilancia de los hombres del sargento Romney.

Y su aparición significaba siempre la muerte para alguien. Pero ese «alguien» era siempre una tara para la sociedad: un *tahur* tramposo que desvalijaba a los mineros beodos; un plantador que maltrataba a sus labradores canacos, martirizándolos; un «matón» de tabernas…

Reconoció el Tribunal que no podían calificarse de asesinatos las muertes ocasionadas por el fácil tiro del "Jinete del Pañuelo Negro", ya que daba ocasión a sus atacados para defenderse.

Pero a la vez que descubría la verdadera identidad del enmascarado, que declaró con arrogancia llamarse Mario Hidalgo, de veintiocho años de edad, nacido en Santa Fe de Bogotá, el Tribunal fallaba que sólo los que la Justicia delegaba para castigar tenían derecho a imponer la ley.

El fiscal pidió la pena de horca, alegando que por la evidente maestría del colombiano en los ejercicios violentos y en el tiro a pistola y a rifle, cuantos había retado estaban de antemano vencidos.

Recordaba Romney, principal testigo a la causa, la respuesta de Mario Hidalgo… Le veía como si lo tuviera en el momento presente ante él.

Alto, de estrechas caderas y anchos hombros, de piel muy blanca, donde resaltaba la intensa negrura de los ojos y las finas cejas arqueadas, Mario Hidalgo poseía una varonil belleza de un dios griego.

Su voz bien timbrada, en un inglés perfecto, había replicado a la acusación del fiscal:

«—Su señoría sabe que la Corona paga al verdugo. Suponga su señoría que yo me instituí gratuitamente en verdugo, porque consideré que la justicia falla y es lenta.»

Aquella insolente declaración, a juicio de Romney y del propio fiscal, había producido entre el público aplausos de aprobación. Y el

presidente amenazó con hacer desalojar la sala.

Recordaba Romney la actitud de Mario Hidalgo, que con leve teatralidad dedicó una reverencia al público.

—Capa y espada —murmuró en voz alta Romney en la soledad de su despacho—. Este hombre debió nacer en el año 1700. Era un romántico.

Lo calificaba en pasado, porque daba por cierto que pese a su fortaleza, Mario Hidalgo sucumbiría en Kerringdale.

Pudo apresarlo gracias a la traición de un canaco, al cual el propio "Jinete del Pañuelo Negro" había salvado de una muerte cierta bajo el látigo de un plantador.

La lucha entre el plantador y Mario Hidalgo había sido feroz, y el "Jinete del Pañuelo Negro" cuando hubo dado muerte al plantador, curó al canaco y dió pienso a su caballo, mientras se tendía al fondo del pajar para dormir.

El canaco acuciado por la recompensa que ofrecían por la captura del "Jinete del Pañuelo Negro" fué a avisar a los «Warder»… Este había sido el epílogo de la justiciera, pero anárquica, ejecutoria de Mario Hidalgo.

Quizá también lo que había influido en la dureza de los jueces al condenarle a veinte años, había sido su atrevida acción contra Reina Emma, la mestiza samoana, la poderosa Emma Travers…

Nunca se supo cierto, ni quiso declararlo Mario Hidalgo, la razón por la que con motivo de uno de los viajes de Emma Travers a sus plantaciones de Grassmate, el "Jinete del Pañuelo Negro" la había…

El flemático Francis Romney dió un respingo. Absorto en sus recuerdos del reciente suceso, vagaba con la vista por los titulares de la primera plana del «Australian North News», el periódico de gran tirada.

Y acaba de concentrar su pensamiento en las letras de molde que decían:

«POR VEZ PRIMERA SE EVADE UN PENADO DE KERRINGDALE.»

«ES EL FAMOSO "JINETE DEL PAÑUELO NEGRO", MARIO HIDALGO, EL COLOMBIANO.»

Asió Romney el periódico con repentina curiosidad… Casi con alegría.

> «Nuestros lectores tendrán aún presente la figura legendaria del hombre que se arrogó atribuciones de vengador de los oprimidos. Bajo el pañuelo negro que

cubría sus rasgos faciales, se hizo pronto popular su silueta. No nos incumbe enjuiciar su labor de pistolero providencial. Transmitimos únicamente las primeras noticias que se han recibido de Kerringdale. Al atardecer, mientras los guardianes iban colocando grilletes a los penados, en el recuento notaron la falta de uno de ellos. Dióse la alarma, pero resultaron infructuosas cuantas pesquisas se realizaron. Dogos y pantanos, rifles y «Warders», todos han fracasado en dar caza a Mario Hidalgo. Seguiremos comunicando las noticias que se reciban. Por de pronto, nos obligan a insertar el informe de que la huida de Mario Hidalgo sólo ha sido posible con la complicidad de alguien del exterior que le ha facilitado los medios de evasión. También se nos hace publicar la noticia de que en breve será de nuevo recluido el "Jinete del Pañuelo Negro", porque se han movilizado todos los «Warders» dirigidos por el prestigioso sargento Francis Romney, y se ofrece una recompensa de diez mil libras esterlinas a quien facilite detalles conducentes a la pronta captura del caballero colombiano.»

Francis Romney suspiró cerrando el periódico. Se levantó, abrochándose el cinto del uniforme.

—Bien —monologó en voz alta—. Lo cazaré… porque es un romántico empedernido.

Y parecía como si lo lamentase.

Poco después le llegaba el despacho oficial, confirmando la noticia de última hora del periódico. Siguieron varios otros telegramas, y por sus textos, consultaba de vez en cuando Romney el mapa donde quedaba enmarcada la zona destinada a su vigilancia.

Iba trazando en ella círculos a medida que le iban comunicando sus «alertas» todos los puestos diseminados por el vasto perímetro del «bush» norte-australiano.

Los últimos círculos los trazó en el litoral que daba frente al animal prehistórico que en la carta semejaba la gran isla de Nueva Guinea.

—Lo siento —monologó de nuevo, mirando el mapa—. No podrás escapar, Mario Hidalgo.

Y fué el individuo particular y no el sargento de los «Warders», quien pegó un puñetazo en el mapa, antes de encasquetarse su sombrero de ala ancha con la divisa galoneada.

Quedaba formado un círculo de hierro y fuego para impedir la huida del "Jinete del Pañuelo Negro".

Fué el sargento quien con el rostro impasible, acogió a varios de

los vigilantes uniformados, señalándoles el mapa, y hablando con imperativa sequedad:

—Si antes de una semana, Mario Hidalgo muerto o vivo no ha caído ante los rifles de los «Australian Warder», dimitiré.

***

En el presidio de Kerringdale la vida se deslizaba normalmente por aquel atardecer del 8 de septiembre de 1921.

Los martillos repiqueteaban monótonamente encima de las piedras hasta convertirlas en pequeños guijarros apropiados para ser mezclados con argamasa.

De vez en cuando se daba la voz de «¡barreno!», y disciplinadamente, los penados escoltados por los vigilantes iban al sitio destinado a evitar que la explosión causara víctimas.

El polvo se mezclaba al sudor y al vaho de los cuerpos dedicados a la tarea de forzosos picapedreros. El uniforme de los penados era idéntico en todos. Botas de piel sin curtir, pantalones grises de dril, camiseta esponjosa y chaqueta larga de dril gris. Como cubrecabezas un ancho sombrero de paja.

Parecía imposible diferenciar a los unos de los otros, pero sin embargo uno de ellos se destacaba netamente de todos los demás. Quizá fuera por la naturalidad con que lograba tener, aun vestido con el uniforme presidiario, un sello personal.

Manejaba el pesado martillo con ritmo igual y soltura.

«Adonis» le había apodado en burla envidiosa otro de los forzados, al ver que aquel nuevo «elemento» tenía la varonil prestancia muscular y el recio contorno facial de una estatua.

Mario Hidalgo no se había dignado siquiera recoger la alusión, y su actitud de ausente sin orgullo ni desdén, sino de hombre de «otra categoría» como había dicho en voz baja otro de los forzados, hizo que a su alrededor se crease un extraño ambiente.

Sólo llevaba siete días en el campamento de Kerringdale, y los demás presidiarios deseaban que él les hablase. Pero Mario Hidalgo mantenía un silencio que no era hosco ni ofensivo.

Era el silencio de un hombre que parecía ajeno a cuanto le rodeaba. Faltaba aún media hora para el silbato de «¡alto el trabajo!», cuando un vigilante se acercó al "Jinete del Pañuelo Negro".

—¡Tú! —interpeló.

Mario Hidalgo siguió alzando y abatiendo su martillo con ritmo regular, y aquel gesto hacía destacar además de la blancura de su piel, la movilidad elástica de su musculatura pétrea en apariencia.

El guardián avanzó un paso más y con la culata del rifle dió un

empujón en el flanco de Mario Hidalgo.

—Ven conmigo, tú.

El colombiano colocóse el martillo sobre el hombro, y echó a andar dificultosamente, trabados sus tobillos por la cadena del grillete, que no permitía largos desplazamientos.

Enfiló el guardián el sendero abierto en la cantera que conducía a lo alto de los peñascos. Iban disminuyendo los grupos de condenados, y el vigilante acompasó su andar al del preso.

—Vas a barrenar, tú.

Mario Hidalgo siguió andando en silencio, alta la frente, mirando a lo lejos.

Bajo el ancho sombrero, de paja destacábase el perfil apolíneo del hombre al que los reporteros gráficos habían llamado «Lady-Killer».[1]

—En lo alto de la roca cogerás la barra que yo te indicaré, tú.

—Te agradezco el pronombre personal ya que tengo el número 7.107.

Aquello era infringir el reglamento, no sólo por hablar durante las horas de trabajo, sino por tutear a un guardián, sin darle el «señor».

Pero el guardián no replicó. Sólo cuando entraban entre dos altas rocas, comentó:

—Si eres tan valiente como pregonan podrás huir, tú. Toma este cartucho y fíjate bien en él. Es dinamita, pero lleva un papel con instrucciones para usarlo, tú.

Siguieron andando ambos hombres, y Mario Hidalgo cogió el cartucho.

—Aquella es la roca que debes barrenar, tú. Te vigilaré.

Apoyada contra la roca había una barra de hierro. Dejó Hidalgo su martillo contra la roca y desenvolvió el cartucho de dinamita del papel que lo rodeaba.

> «Si eres veloz y puedes correr mientras estalle la roca y los guardianes estén lejos, alcanza la roca oeste que también estará barrenada. Con suerte, si no saltas en pedazos, llegarás al límite oeste. Habrá una cuerda. Abajo un caballo. Suerte, tú».

Mario Hidalgo dobló el papel y se lo introdujo en la boca. Lo masticó mirando al guardián. Este consultó su reloj de pulsera.

—Barrena, tú —gritó.

—Ven y muéstrame cómo debo hacerlo. No sé. Es mi primer barreno.

El vigilante con el rifle bajo el sobaco apuntando hacia él, se acercó al preso número 7.107. Señaló con el cañón la roca.

—Con la barra abre un hoyo debajo, tú —y aminorando la voz añadió apresuradamente—: En el arzón del caballo hay un plano. Habrá una lancha esperándote en el sitio señalado con una cruz.

—¿Quién paga?

—¡Barrena, tú! —gritó el guardián alejándose.

Mario Hidalgo comprendió la señal muda de los ojos del guardián mirándole los tobillos. Dedicó el filo de la barra a una misión alternativa.

Golpeaba la roca a su base y a la vez iba mellando la cadena que unía sus dos argollas en grillete.

—¡Apremia, tú! Faltan dos minutos para el barreno de la roca oeste.

La advertencia del vigilante, dicha con voz incitante, hizo que Mario Hidalgo acelerase los cortes que con la barra dedicaba a la cadena. Cuando la quebró, colocó el cartucho bajo la roca.

El guardián le lanzó una mecha.

—Enciende al silbato, tú… y después baja a guarecerte con los demás.

Oyóse hacia el oeste un silbato en tres repetidos toques agudos. Habían encendido la mecha del cartucho colocado en la roca oeste, un peñasco que distaba medio kilómetro de la roca en que se hallaba Mario Hidalgo.

Este se inclinó y aplicó la mecha encendida en el cartucho que acababa de empujar con la barra.

—¡Corre, tú!

Guardianes y presos en filas se dirigían hacia los cobertizos… Mario Hidalgo corrió, pero encaminándose hacia la roca oeste.

Más que correr saltaba en largas zancadas deportistas, sobre la punta de sus recias botas, tintineantes sus tobillos…

Un guardián gritó:

—¡Eh, 7.107! ¡Cuidado!

Pero el 7.107 en veloz «sprint» alcanzaba ya la roca oeste. Sonó un estampido y la roca que él mismo había barrenado deshízose en múltiples pedazos…

Le sirvió de barrera el polvo formado. Encaramóse sobre la roca barrenada, y partió un disparo del grupo de guardianes.

Pero Mario Hidalgo describió un arco en el aire, mientras la roca abríase reventando…

Corrió a la muralla que lindaba por el oeste el campamento, y dirigióse rectamente hacia la cuerda tensa que percibió desde lo alto de la roca.

Estaba tensa porque finalizaba arrollada en el arzón de un caballo

que asustado por el doble estampido pugnaba por galopar.

Mario Hidalgo lanzóse al espacio en salto audaz, quedando suspendido, a medio trecho de la cuerda, que a fuerza de puños descendió aceleradamente.

En la silla, junto al arzón había un plano clavado en el cuero con un cuchillo afilado. Arrancó el cuchillo, cogió el plano y cortando la cuerda en dos fieros tajos, pegó dos botazos en los ijares del bruto.

Le dejó rienda libre manteniendo sus rodillas apretadas hasta el máximo, mientras con la zurda iba azotando el cuello del animal.

Inclinóse sobre la crin mientras iba ojeando el plano, donde vió una cruz en la bahía del Pescador y la Sirena. Vió también un trazo en azul, con la mención «sin pantanos»…

Sonaban disparos y oyó algún silbido por la cercanía. Pero era un caballo bien seleccionado…

Media hora después, el caballo se desplomó entre sus piernas, reventado. Quedó en pie, Hidalgo, mirando la canoa automóvil, meciéndose en la bahía del Pescador y la Sirena.

No había más que un marino, y éste le hizo una señal con la mano.

Lanzóse al agua Hidalgo y en enérgica brazada llegó hasta la lujosa canoa, que ostentaba la placa «Boomerang». Subió a bordo y quitóse la chorreante chaqueta de presidiario.

—Es imprudente ostentar rótulos, porque los perseguidores pueden usar gemelos.

El marino empujó la palanca, y la canoa se alejó petardeando y a gran velocidad. Mario Hidalgo había colocado su chaqueta encima de la borda, cubriendo el rótulo con el número 7.107.

Anochecía ya cuando la canoa atracó junto al costado de un yate. Durante todo el trayecto, Mario Hidalgo había permanecido en silencio.

Lanzaron desde cubierta varios cables rematados en garfios, y la canoa fué izada.

Saltó Hidalgo a cubierta, y sólo entonces al ver que el yate levaba anclas, habló:

—Felicitaciones por la buena organización.

Había arrojado al mar sus botas, su sombrero de paja, y sólo vestía la camiseta esponjosa, los pantalones y alrededor de sus tobillos las dos argollas de hierro, con la cadena arrastrando por el eslabón roto, a cada lado de sus pies desnudos.

El mismo marino que había conducido la canoa, señaló hacia la sala de camarotes.

—Es el yate «Boomerang», señor. Reina Emma espera.

Mario Hidalgo no demostró la menor sorpresa. Le había bastado

ver el letrero dorado en el yate y en la canoa. Había oído hablar de la burlona complacencia con que Emma Travers llamaba a todos sus «bungalows» y cuantos lugares habitaba en tierra o en mar «Boomerangs».

Tal calificación al decir de sus amistades, provenía de que la mestiza se jactaba de que cuantos hombres conocía eran como los «boomerangs», la típica arma arrojadiza de los australianos.

Cuanto más ella los desdeñaba y los arrojaba lejos de sí, más volvían y con mayor ímpetu…

Mario Hidalgo avanzó hacia la sala de los camarotes. Era un salón amueblado con dos colores: blanco de marfil y mármol, y amarillo de oro.

En su centro, sentada en una otomana, una mujer aguardaba.

Mario Hidalgo entró, haciendo una leve reverencia.

—Beso su mano, Reina Emma. No demuestro ni agradecimiento, ni sorpresa, porque considero ambas cosas superfluas.

Emma Travers poseía un género de belleza indescriptible. Era una mujer de treinta años, de piel mate, como una fruta sazonada. Quizá la sensación fascinante que producía en quien la veía, debíase al justo equilibrio entre sus gestos y su cuerpo mórbido, escultural, esbelto sin delgadez.

Su rostro tenía en los ojos una suavidad aterciopelada, heredada de su madre la indígena de Samoa, también en los cabellos un negro de ala de cuervo, rasgo maternal. Pero la nariz era breve, el mentón hendido en dos demostraba genio voluntarioso, y la boca de labios gruesos, anchos y carnosos daba cierta impresión de rapacidad.

Más que hermosa, era de incalificable seducción…

—Bienvenido, Mario Hidalgo. ¿Un cigarrillo?

Tendía una caja de marfil, con incrustaciones en oro, que formaban una palabra: «Boomerang».

El colombiano acercóse y cogió un cigarrillo. Encendió en el mechero que le ofrecía Emma Travers.

—¿Por qué? —inquirió lacónicamente después de exhalar con deleite una bocanada de humo que aspiró a fondo con poderosa respiración.

—No puedo perdonar que usted fuera el primer hombre que me ofendió y tengo que saber por qué lo hizo. Tenía usted fama de hombre galante, de caballero romántico, cantor de serenatas… Un moderno caballero andante.

—Lo que las famas pregonan suele ser cierto. Me dijeron un día que Reina Emma era cautivadora y no mintieron. La vi y por eso hoy no me sorprendo al verme ante tanta belleza originalmente personal.

Me dijeron que era codiciosa, ávida de amontonar millones y millones. Tomé informes y era cierto. Me dijeron que gozaba provocando a los hombres. No le importaba la clase de los hombres que provocaba… Tanto le daba que fueran deshechos y escorias de la hez social, como canacos… Pero, excúseme, Reina Emma. Me bastó con hacer lo que hice…

Ella vestía un modelo parisino de traje de noche. Negro y plateado. Cerrado hasta el cuello sujeto por un cordón de perlas. Y la espalda desnuda brillaba con mate pulimiento de cuerpo sano habituado al ejercicio.

Volvióse ella en su otomana mostrando su espalda al colombiano.

—Se marcharon ya las huellas, Mario Hidalgo.

—Azoté con cordón de terciopelo, Reina Emma.

—Ante diez «boys» a los que mantenía a raya con la pistola. Ahora soy yo quien pregunto: ¿Por qué? ¿Por qué esta humillación?

—Fui a matarla, Reina Emma. No pude… Desde niño me inculcaron molestas nociones de estética y a veces cuando en el «bush» veía una víbora no la mataba porque su color y sus felinos movimientos de rastrera me fascinaban.

—¿Por qué cree usted que he pegado y sobornado para salvarle?

—La vida de un hombre en el archipiélago y en Australia vale muy poco. Y mucho menos vale la vida del que muy a gusto humilló la altivez de Reina Emma. Supongo que desde algún sitio habrá un ojo de un rifle apuntándome. Y vomitará muerte a una señal suya, Reina Emma.

—Acertó, Mario Hidalgo. Odié al "Jinete del Pañuelo Negro". Cuando supe que era un colombiano llamado Mario Hidalgo, lo preparé todo para que llegase este momento. ¿Cuándo morirá usted? Cuando yo lo quiera. Pero antes, si no le asusta su próxima muerte, ¿puede decirme por qué hizo lo que hizo?

—Es largo de contar y hace siete días que no hablo. Temo extenderme, Reina Emma. Su problema era muy complejo. Suponía escarnio para todos los hombres y tortura física para todos los canacos.

—Un canaco le delató.

—No se lo tengo en cuenta. Si odian al blanco que les defiende, no es culpa de ellos ni son responsables.

Mario Hidalgo fué a sentarse frente a la mestiza. Cogió otro cigarrillo.

—¿Se da cuenta que a una señal mía ha de morir?

—Tiene usted una voz melodiosa, Reina Emma. Y presumo que tardará en dar esta señal. Las gatas juguetean con sus presas antes de

rematarlas.

—Me gusta su modo de hablar, Mario.

El colombiano sonrió. Una mueca despreciativa…

—Empieza el juego, Reina Emma.

—Quizá no dé orden de matarle. Necesito hombres de su temple.

—Sigue el juego.

Emma Travers rió sin alegría, con dureza. Pero no podía evitar que su risa fuera armónica, susurrante, acariciadora…

—Hace siete días que no habla, caballero andante. Desahóguese. ¿Por qué me raptó?

—¿Desilusión? ¿Supuso usted que la raptaba para poseerla? Y naturalmente sufrió un desengaño, al ver que simplemente la desnudé para azotarla ante sus canacos de la plantación de Grassmate.

Los negros ojos de la mestiza chispearon. Por un instante, Mario Hidalgo se dispuso a todo…

Pero Emma Travers volvió a reír…

—Siga hablando, Mario Hidalgo. Hace mentir al refrán que quiere que los hombres hermosos sean tontos.

—Gracias. Empecé a pensar en matarla, cuando supe lo que ocurría en Rabaul. Es donde más tiempo reside usted. Hay muchas mujeres blancas en Rabaul. Y el archipiélago es la tierra sin mujeres, porque las canacas carecen de belleza. Por eso los salvajes que han aceptado servir a los blancos, miran con avidez a las esposas, a las hermanas y a las hijas de los funcionarios y los plantadores de Rabaul. Con buen acuerdo les está prohibido que salgan de la ciudad que está bajo el control absoluto del gobierno. Tanto en Rabaul, como en Wau, Salaumaua y Laé, hay mujeres blancas. Y la mayoría tienen culpa en los castigos injustos que sufren los canacos… Pero la principal culpable es usted, Reina Emma, porque provoca, excita… ¿La aburro?

—Continúe, caballero. Está usted bien documentado.

—La presencia en las islas y en el norte de Australia de mujeres blancas ha creado delicados problemas, cuya gravedad reconocen todos los funcionarios habitando bajo la Cruz del Sur. Un día, en Wau, asistí a una escena poco agradable. En una plaza pública, un canaco recibió veinte latigazos. Atado por las muñecas a un poste, el indígena lanzaba gritos espantosos cada vez que las correas del gato de siete colas le rasgaban la piel de la espalda. Después del quinto latigazo se desvaneció y quedó suspendido por las muñecas, perdiendo su sangre abundantemente. Algunos minutos más tarde la espalda entera no era más que una gran llaga abierta y ya el látigo no golpeaba más que jirones de carne poniendo al aire los huesos… «Dieciocho, diecinueve, veinte…», contaba un sargento en voz alta. El latigazo número veinte

golpeó en la nuca dejando una huella honda y sangrienta. Dos hombres cogieron el cuerpo inanimado, lo colocaron en una camilla y partieron hacia el hospital por puro trámite porque el canaco estaba muerto.

—Sensible.

—Yo le pregunté a uno de los espectadores si aquel canaco había cometido algún acto de canibalismo o un asesinato. Aun recuerdo la explicación del habitante blanco de Wau:

«—¿Un asesino? No, no. Se había escondido en la sala de baño de una dama mientras ella tomaba su baño. Por eso le han condenado a veinte latigazos.»

—Yo pregunté si había ofendido a la dama en cuestión.

«—Oh, no. Se limitó a intentar pasar inadvertido.»

—Y la dama en cuestión era usted.

—Sí. Es verdad.

—Sus millones hacen olvidar que es usted mestiza, Emma Travers. Naturalmente para un canaco, es usted blanca. ¿Prosigo?

—Afecta usted una impertinencia peligrosa, caballero.

—No la afecto, Reina Emma. La siento muy sinceramente. Quizá es la primera vez que hablo groseramente a una dama que no sabe serlo. ¿Prosigo?

—Sígame instruyendo de los motivos que hicieron nacer en usted la idea de matarme.

—Fui informándome y llegué a la conclusión de que en la mayor parte de los casos en que las mujeres blancas eran objeto de ataques al pudor por parte de los indígenas, la culpa era de ellas. Usted en primer lugar. A causa del calor, ellas se abandonan en el vestir en presencia de los servidores canacos, que generalmente son mozos de quince a veinte años. Como las mujeres son las mismas tanto si viven en Nueva Guinea como en el Polo Norte, las halaga cuando descubren una mirada amorosa en los ojos de los hombres negros. Se aburren y aquel juego las divierte… Una sonrisa, una mirada benévola recompensa la muda admiración del servidor. Este que ignora totalmente la psicología de la mujer blanca, interpreta de una manera lamentable aquellos gestos sin importancia. Y es así que ocurre lo que la ley castiga. Fatalmente, un día el canaco pierde la cabeza. La mujer sale siempre del paso con un gesto de dignidad ofendida… Pero el canaco recibe los latigazos, y si los resiste va a presidio, donde no le queda mucho tiempo para soñar en mujeres blancas porque trabaja al sol durante doce horas por día. Una labor agotadora, porque lleva en los tobillos cadenas y argollas.

—¿Como las que usted ha lucido durante siete días?

—Apárteme del tema, Reina Emma. Hablemos mejor del número de canacos que usted se ha complacido en provocar por el sólo placer de matarlos personalmente o enviarlos al presidio. ¿Sabe por qué? Por complejos psicológicos de mestiza…

Emma Travers enderezó el busto, avanzándolo en ademán de reto.

—He cambiado de idea, Mario Hidalgo. No le mataré mientras no pretenda escapar. Habrá siempre unos ojos de rifle vigilándole…

—¿Por qué este cambio de idea?

—Quiero verle arrodillado ante mí. Quiero verle tender sus brazos… Quiero oírle suplicarme una caricia… Y cuando crea que logró enternecerme, le escupiré en el rostro, antes de dar la orden de que lo maten.

Mario Hidalgo echó hacia atrás la cabeza exhalando una bocanada de humo que en redondeles fué ascendiendo hacia el techo artesonado en oro y marfil de la sala del yate.

—Me arrodillo ante una ingenua romántica. Tiendo los brazos hacia la «chola» colombiana que pide arrullos de amor. Suplico a la mujer que no sabe lo que es amor… A usted, no pienso nunca hablarle de amor, Reina Emma.

—¿Por qué esta seguridad?

—Porque tengo mucho amor propio. Aunque en mi corazón su imagen quemase, aunque por las noches en sueños gimiese su nombre como el sediento que pide en el «bush» gotas de rocío que no ha de caer, nunca me oirá palabras de amor, Reina Emma. Puse voluntariamente un abismo entre los dos, el día que la azoté ante los canacos. Quise con ello demostrar a sus pobres mentalidades que había un blanco que la despreciaba.

—¿Es cierto que me desprecia?

—La odio.

—Así empieza el amor, Mario Hidalgo.

Rió ella triunfalmente. Añadió:

—Ahora nos dirigimos a Rabaul. Tengo una cita de negocios con el que fué mi primer marido. Desde que me ocurrió aquel percance del que usted fué el autor allá en Grassmate, continuamente, y sin ser vistos, varios hombres me custodian. Podrá usted ser testigo de cuanto ocurra en el «bungalow» alto de Rabaul. No pretenda escapar…

—Usted me permitió escapar de Kerringdale. Prefiero morir cerca de usted a calcinarme en un presidio.

—Quizás pueda alterar mi pensamiento, Mario Hidalgo. Necesito hombres como usted.

—¿Zarpazo juguetón?

—El tiempo dirá. Sígame hablando de cosas curiosas, Mario

Hidalgo. Habla usted como hombre culto. ¿Quién es y por qué vino a estas tierras?

Pero Mario Hidalgo no habló de él. Habló de muchas cosas ajenas a su vida.

El yate fondeó en la bahía sur de Rabaul y Emma Travers expertamente no había aún empezado la labor de seducción que pensaba realizar en el «bungalow» alto también rotulado «Boomerang»…

Capítulo II

DOMINIO ALTERNO

Los barcos pertenecientes a Emma Travers tenían su especial ancladero en una bahía situada al sur de la capital de Nueva Guinea, en un paraje desierto.

Dotada de la doble influencia que da el dinero y el ser una mujer hermosa, Emma Travers había logrado la cesión de todo el terreno comprendido desde la bahía elegida hasta su «bungalow» en los altos de la capital.

Por espacio de dos meses un ejército de trabajadores canacos había abierto por entre la tupida floresta un camino que conducía desde el puerto privado de la flotilla de la mestiza hasta el «Boomerang» sito en el bosque.

Cuando Mario Hidalgo descendió por la escalera del yate tuvo ocasión de comprobar que no era un alarde la amenaza de la mestiza de que estaba permanentemente vigilado.

Tras él, pero a prudente distancia, dos marinos armados de rifles vigilaban el menor de sus movimientos, y le precedían otros dos que andaban con peculiar cuidado, sin darle nunca la espalda.

Dócilmente, el colombiano se detenía cuando sus vigilantes lo hacían y andaba cuando ellos daban la señal de ponerse en marcha. Estipulaba que su mejor posibilidad estaba, en no buscar ahora una huida que forzosamente, dadas las circunstancias, le haría caer abatido por los disparos de los rifles, que a tan escasa distancia no podrían fallarle.

Habiendo oído hablar del extravagante carácter decidido de Reina Emma, tenía la convicción de que ésta no le daría muerte hasta no lograr vengar lo que más humillante consideraba: la ofensa de su amor propio de mujer hermosa.

El yate ancló cerca de un «schooner» de fea traza, y en el embarcadero aguardaban dos hombres. Uno de ellos era alto y rubio, grueso pero de exuberante vitalidad. El otro, más pequeño, era achaparrado y ancho de espaldas. Su piel estaba curtida y arrugada, y uno de sus ojos tenía la fijeza característica del postizo cristal.

El más bajo aproximóse a Reina Emma, a la que empezó a hablarle con precipitada profusión.

La mestiza detuvo el chorro de palabras:

—Cuando hayáis descargado, venid al «bungalow» alto y allí me explicaréis lo sucedido.

Por el camino, Mario Hidalgo, siempre escoltado, vió venir a varios canacos, los cuales se prosternaron, en respetuosas reverencias, ante la mujer que iba al frente de la pequeña comitiva.

—Nos envió al barco «master» Rein, «missis» —explicó el más viejo de los servidores.

Reina Emma limitóse a señalar hacia la bahía, prosiguiendo su camino. Cuando se disponía a entrar en el jardín que rodeaba al «bungalow», hizo otra señal.

Esta vez era tajante, y los hombres que componían la escolta del colombiano se detuvieron. Uno de ellos apoyó en la espalda de Mario Hidalgo la boca del cañón de su rifle.

Reina Emma, cautelosamente, por entre uno de los setos, examinó el extraño espectáculo que ofrecía un hombre calvo remojándose abundantemente la cabeza dentro del estanque de un pequeño surtidor.

A sus espaldas, un hombre, con las peculiares trazas del escandinavo, conservaba en la mano un *Colt*, con el que amenazaba al que volvió a enderezarse mostrando un rostro chamuscado recientemente.

Y el escandinavo, empujándole, le condujo al interior del «bungalow».

—Hans Rein y Lars Olsen —comentó Reina Emma, pensativa [2]—. Aguardad aquí y vigilad a este hombre. Podría hacer ruido. Ya os llamaré si os necesito, pero antes de acudir recordad, no debe ser muerto sin mi orden.

Desapareció ella, contorneando el «bungalow» y entrando por la puerta trasera. En el vestíbulo posterior, sin luz, no tuvo necesidad de ella para descolgar del muro un rifle de repetición, con el que avanzó atravesando otra habitación.

Andando de puntillas, descorrió con el cañón del rifle una cortina, apartándola tan sólo unos milímetros. Desde donde estaba podía ver el interior de la habitación que sus canacos llamaban el «santuario».

Debido al curso de su accidentada existencia, Emma Travers había llegado a sus treinta y un años provista de una fría decisión implacable, casi inhumana.

Había tratado siempre en su provecho con innumerables hombres sin escrúpulos, y en las islas del Pacífico la vida de un hombre no tenía más valor que el que rindiera mientras se mantuviese en pie.



Con frialdad apretó el gatillo…

Pero carecía en absoluto de valor el hombre que no sabía respetar la lealtad debida a sus compromisos verbales.

Por lo que estaba viendo, dedujo Emma Travers que el sueco Olsen la había traicionado aliándose con el individuo cuyas anchas espaldas enfundadas en blanca guerrera de marino estaban inclinadas sobre el suelo mirando hacia unos compartimientos que, descubiertos en parte por la alfombra chamuscada, revelaban su contenido en cajas.

Cajas que contenían el oro de Birara, la isla explotada por Han Rein, Oeeldhorf y Park Ojo-de-Tiburón.

—No pierdas la cabeza, piloto —estaba diciendo el marino con acento norteamericano.

En un rincón del «santuario», Hans Rein, atado, contemplaba con furia a los dos intrusos.

—¡Oro! —balbuceaba Lars Olsen con la expresión que ya Emma Travers había visto otras veces en los que la presencia del metal amarillo parecía alucinar.

Con frialdad apretó el gatillo, y antes que el estampido ensordeciera los ámbitos de la habitación, Lars Olsen, roto el pecho, caía muerto sobre las cajas objeto de su codicia.

Y el cañón del rifle, aún humeante, presionaba fuertemente la

cintura del marino pelirrojo, que elevó lentamente las manos.

El breve diálogo que siguió entre Emma Travers y Ross Maloney demostró a aquélla que la campechanía del americano no era fingida. Veíase que era un hombre joven, que se había endurecido en un constante combate y para quien la idea de morir violentamente era un credo diario.

Recordó Emma Travers las palabras de Park Ojo-de-Tiburón referentes al «yanqui alto y pelirrojo que había descubierto el «creek» de Birara y a quien los canacos habían apresado».

Un hombre que lograba escapar de los caníbales canacos y dar con el escondrijo del oro era un elemento peligroso, pensó Emma Travers mientras conducía a su prisionero hacia la estancia que destinaba a los que quería someter a interrogatorio.

Confiadamente entró Maloney donde le indicaba ella, y Reina Emma cerró la puerta blindada. El éter obraría anestésicamente…

Sólo entonces salió al jardín, después de devolver el rifle a su lugar.

A su gesto, los cuatro que escoltaban a Mario Hidalgo, formando ya un cuadro más apresado, donde los cuatro aceros de los rifles convergían diagonalmente en el cuerpo del colombiano, fueron avanzando y, obedeciendo las instrucciones de Reina Emma, permanecieron como centinelas, dos en cada una de las puertas del vestíbulo.

Ella señaló al colombiano un confortable sillón.

—Considérese en su casa, Mario —dijo dulcemente—. Siéntese cómodamente mientras aguardo la llegada de unos asociados míos que deben presentarme un informe interesante.

Mario Hidalgo tomó asiento y, cruzando las piernas, miró por unos instantes el pantalón azul y la camiseta blanca que le habían sido facilitados a bordo del yate para relevar su uniforme de presidiario.

En los pies calzaba sandalias de lona.

—Es curiosa la propensión que manifestamos los que nos creemos escépticos a rodear todas las situaciones de un presunto humorismo, Reina Emma. Es una enfermedad de buen tono.

—¿No padece usted también de ella, romántico y galante español? —y al efectuar su pregunta Emma Travers vino a sentarse cerca del colombiano, presentándole su pitillera.

—Procuro evitar las melodramáticas rebeldías —habló él incisivamente, mientras encendía el cigarrillo—. Pero si como reproche burlón me califica usted de romántico y galante, tengo a gran gala no avergonzarme de esas dos cualidades. Detesto al hombre que cree que manifiesta su virilidad despreciando aparentemente a la

mujer, cuando íntimamente la venera. Y también detesto la mujer que, pudiendo ser fémina tan sólo, se masculiniza adoptando tonos de hombre de negocios…

Exhaló una amplia bocanada, y con el cigarrillo apuntó hacia ella.

—Ahora mismo es innegable que está usted demostrando que, por más que lo quiera disimular, se comporta usted como una mujercita amante de lo novelesco. ¿Qué quiere, amiga mía? ¿Vengar una ofensa que le inferí? Ordene a sus cancerberos que me suelten una ráfaga y asunto terminado.

—Sería un favor que le haría, español. Morir es descansar. Quiero que en su mente se incruste la idea de que está usted a mi merced. Que es una agonía más o menos lenta, pero que inevitablemente un día caerá, pero bajo mi mandato. Toda una vida de todo un caballero pendiente de un simple ademán de mi diestra.

—Juega con fuego, Emma. Estudie la situación. Hay dos hombres en cada puerta. Llevan un rifle. Ocho disparos. No se mueva, querida amiga. Tal como está me resulta deliciosa. Si me levanto, ¿qué ocurriría?

—Si se sintiera dispuesto a batallar, no tengo la menor duda de que mis hombres le dispararían.

—Se halla usted en la trayectoria de aquellos dos —dijo indolentemente el colombiano, chispeantes los ojos—. Por lo tanto, descartémoslos. Los dos que tengo a mis espaldas pueden disparar, pero tiempo me darán a que llegue hasta donde se halla usted.

—Inténtelo —y ella sonrió amablemente—. Son buenos tiradores. Aunque le parezca una incoherencia, le haré constar que tengo muchos millones, Mario Hidalgo. Muchos han sido los aventureros de todo jaez con los que he tratado. Sigo en vida, y hablándole… Pero, por favor, dejemos de amenazarnos mutuamente. Es de mal gusto. De la sangre americana de mi padre heredé el sentido práctico. ¿Por qué cree que no he dado ya la orden de dispararle? ¿Por simple deseo de vengar mi amor propio y lograr reírme de usted cuando me suplique ternuras? No, galante caballero de capa y espada. Para mí usted, además de un hombre guapo —e hizo ella una reverencia burlona—, es usted alguien que puede servirme. Me temo que un negocio muy bien planeado ha fracasado por la injerencia de un individuo indeseable. Pero si ha fracasado es por ineptitud de los que empleé en este asunto. Quizá un elemento de su temple y categoría podría servirme.

—Es penoso oírla hablar, Reina Emma. Una mujer que por corazón tiene un arca de caudales y que sólo firma cheques, en vez de misivas amorosas, derrocha lamentablemente su caudal natural de belleza…

—Estamos en la tercera década del siglo XX. Se inician ritmos trepidantes. Pasó la época en que el ritmo del *vals* matizaba las existencias.

—Entonces, señora mía, no me pida galanterías a ningún hombre.

—¿Las he pedido acaso?

—Me refería a que si se presentan ciertos impulsos combativos, no la consideraré una mujer. No me moveré mientras no se mueva usted ni ninguno de los cuatro escopeteros que nos escuchan. ¿Atienden bien todos? Disparen cuando me levante, pero háganlo atinadamente. No soy dado a las jactancias, pero juro por mi alma que, cribado a plomos, me quedarán los suficientes arrestos para estrangularla, Reina Emma.

Mario Hidalgo miraba alternativamente a los cuatro centinelas y a la dueña del «bungalow».

Hablaba reposadamente, pero en su voz alentaba una decisión firme y apasionada. Aunque su voz sonara inalterable, sus rasgos faciales, en los que los negros ojos relucían brillantes, con salvaje pasión, atraían la mirada de la mestiza.

—Trate de contener sus impulsos —advirtió ella, sonriendo con cierta expresión forzada—. Al menos hasta que haya oído a los tres asociados que me rendirán cuentas de un importante negocio. Escuche, Mario: usted vino al Pacífico en busca de oro, como todos. Yo puedo proporcionarle una riqueza incalculable…

—No se empequeñezca, Emma —y el desdén fué evidente y sincero en la voz del colombiano—. Considero el peor de los insultos que una mujer me ofrezca posibilidades de fortuna, aunque sea enfocado en sentido negocial. Hablemos claro. Soy su prisionero, y usted ha decidido matarme, más tarde o más temprano.

Mario Hidalgo, arrellanado en su sillón, adoptaba sin embargo una postura especial. Notábase que sus músculos estaban distendidos, prestos a saltar un resorte nervioso tan pronto lo desease.

Apoyaba en los brazos del sillón sus dos manos. Reina Emma dió un taconazo como a efectos de un impulso de impaciencia.

Rió a continuación melodiosamente, y los cuatro europeos armados de rifles respiraron al unísono aliviados, bajando los cañones que hasta entonces mantenían dirigidos hacia el prisionero.

Mario Hidalgo, hinchadas las venas de la frente por el poderoso esfuerzo que hacía para liberar sus muñecas, que de pronto y como por arte de magia estaban rodeadas por un cerco de metal, cesó en su inútil forcejeo.

Ahora se daba cuenta de la naturaleza del «clic» metálico que había oído coincidiendo con el taconazo de Reina Emma. Lo que

parecían adornos en los brazos del sillón eran simplemente los dos trozos de acero que, manipulados por algún procedimiento eléctrico, se alzaron y se cerraron prietamente alrededor de sus antebrazos.

Le dolía la presión, y trató de serenarse.

—Le advertí, español, que recibía constantemente visitas de individuos peligrosísimos. Convertí este «bungalow» en mi mejor defensa. El sillón en el que usted se sienta está empotrado en el suelo. Y bajo el mío hay un contacto que pone en acción las dos tenazas que ahora me aseguran que usted no pondrá ya en peligro ni su vida ni la mía. ¿Ingenioso, no?

—Debí suponerme algo parecido… En fin, Emma, usted está en su casa y es dueña de todo cuanto contiene.

Reina Emma levantóse y, con felino desperezo, extendió los brazos.

—Podéis iros —dijo en dirección a los cuatro centinelas—. Permaneced en vuestro alojamiento. Ya os llamaré si os necesito.

Los cuatro, como autómatas, obedecieron. Mario Hidalgo, al quedarse solo con ella, habló sin acritud:

—Es lástima, Emma. Una mujer de tu especial atractivo sería ídolo ante el que me prosternaría si fueses además pobre, sencilla y buena. Por las noches de luna, ¿no has sentido nunca la frialdad del oro que te aprisiona en sus mallas?

—Trovador —replicó ella, riendo desdeñosa—. Tienes del dios griego la estatuaria prestancia, Mario. Lo estropeas con tu romanticismo desplazado que…

Se interrumpió, volviendo a sentarse. En el umbral, un individuo rechoncho, achaparrado, fijaba hacia la pareja una alternativa mirada maligna. Una mirada bizca, por la estática frialdad del ojo de cristal.

Park Ojo-de-Tiburón entró, y tras él el rubio y macizo Oeeldhorf anduvo hasta que ambos quedaron en pie apoyados en la repisa de un mueble conteniendo libros.

—Hans estaba curándose cuando entramos en el jardín —dijo el alemán con ronca entonación—. ¿Qué le ocurrió?

—Él lo explicará —replicó Emma Travers—. Tuve que quitarle las ligaduras con que le aprisionó Lars Olsen.

—¡Cochino traidor! —masculló Park.

—Le di su merecido —dijo fríamente la mestiza—. Está en el santuario, con un plomo en el corazón.

Entró en el vestíbulo Hans Rein. Su calvo cráneo ostentaba un vendaje que le rodeaba las mandíbulas. Tenía los ojos hinchados, y las blancas circunvoluciones de gasas del vendaje ostentaban la amarilla coloración del ácido pícrico a trechos.

Se dejó caer en un sillón frente a Emma Travers y dando el costado

a Mario Hidalgo. Los tres recién llegados miraron al colombiano. Vieron también los aros de acero, que por su presión en las muñecas hinchaban las venas de las manos.

—Deseo que oiga cuanto hemos de hablar —manifestó Emma Travers, y su voz ya no tenía el menor deje suave. Era la voz de la mujer de negocios que intenta borrar cuanto suponga feminidad en sus modales y su léxico—. Haré un breve resumen, no ya para este caballero que nos escucha forzosamente, sino para puntuar cuantos extremos necesito dejar bien sentados. Me casé contigo, Hans, porque supiste ser el hombre que ingeniosamente maduró un proyecto genial. Sacrificaste tu honradez de geólogo para declarar que la isla de Birara estaba enteramente desprovista de oro. Se creyó en tu informe, y Birara quedó libre de invasión de mineros. Algunos que allá fueron, supiste eliminarlos. Logramos la cooperación de Park y Oeeldhorf. Para el mundo entero vosotros tres sois desaparecidos. Si supieran que los tres vivís y destináis vuestros esfuerzos a agotar los veneros auríferos de Birara, habrían surgido legiones de competidores. Yo he financiado cuantos gastos se han hecho en esta labor. Tenemos ya obtenidos buenos resultados. Pero ha surgido un obstáculo. Expónmelo, Hans.

El austriaco levantó los hombros, como si de antemano quisiera manifestar que entre los imponderables de todo negocio, por mejor planeado que estuviera, había el de la fatalidad.

—No es por negligencia mía ni de mis compañeros, Emma. Todo estaba en orden. Los canacos salvajes de Birara nos respetaban, porque el pobre loco de Robert Charles les aconsejó que no me molestasen, ya que yo saneaba la isla dedicándome al comercio de pieles de cocodrilo. Pero un día se presentó un marino americano. Un hombre joven, que al frente de tripulantes chinos desembarcó de su velero y habló con Robert Charles. Decía saber que había oro en Birara y que venía a por él. No sé cómo logró descubrir el «creek» dónde Park y Oeeldhorf trabajaban. Los canacos le apresaron… y no sé cómo logró escapar. Hace apenas unos instantes, apareció en compañía de Lars Olsen. Quise luchar, pero me lanzó la lámpara del santuario tuyo contra la cabeza, y ordenó al sueco que me atase. La alfombra del santuario estaba levantada y habían visto los compartimientos conteniendo las cajas de oro…

Emma Travers alzó una mano con imperativo y tajante ademán.

—¿Cuál fué nuestro trato, señores? Quedó puesto en claro que cualquier intruso en Birara debía ser eliminado. ¿Por qué el tal marino dió no sólo con el oro de Birara, sino que a no ser por mi oportuna llegada hubiese vaciado el contenido del santuario? ¿Sabéis por qué?

Por incompetencia. Tres hombres de vuestra talla han estado a punto de hacer fracasar el mejor de los negocios porque se interpuso un joven yanqui pelirrojo y entremetido.

—¿Dónde está? —preguntó rencorosamente Hans Rein.

—Durmiendo en la cámara de éter. Al llegar la noche estará en condiciones de ser interrogado. Quiero saber cómo se informó de que en Birara había oro. Quiero saber lo que habló con Robert Charles. Y según sea lo que de él me informe, a ello nos adaptáremos. Pareces muy fatigado, Oeeldhorf, y tú también, Park.

—Tuvimos que efectuar el viaje de Birara aquí manejando las velas y las máquinas. Los chinos del americano Ross Maloney asesinaron a los tripulantes del «schooner» —dijo Park—. No hemos dormido más que breves horas.

—Id a descansar. Esta noche nos reuniremos para ultimar el nuevo plan. Pero cuanto oro contenga Birara ha de ser nuestro. Podéis iros.

Los tres aventureros se marcharon, y en su andar veíase reflejado el cansancio. Mario Hidalgo fijó sus ojos en los de la mestiza cuando ésta colocó entre sus labios un cigarrillo que ella misma encendió.

—Deplorable —comentó el colombiano—. Tres hombres que te obedecen como perrillos falderos. Y lo deplorable no es que se rindan a la mujer, sino a la empresa que tú representas.

—En la cual podrías entrar, Mario Hidalgo. Ellos han sido torpes, y yo no perdono a los incapaces. Podrían haber hecho fracasar el mejor de mis negocios.

Tanteó en los cercos de metal que rodeaban las muñecas del preso. Y cerciorada de que no había posibilidad de escape, salió del vestíbulo sin pronunciar palabra alguna.

Mario Hidalgo reclinó la nuca contra el respaldo del sillón y cerró los ojos. Su mente trabajaba con actividad. De cuanto había oído se desprendía que los tres presuntos desaparecidos formaban con Emma Travers una asociación destinada a explotar la enorme riqueza de la isla de Birara.

Quizá ella pensaba elegirle a él para sustituir a los tres «torpes». Pero sonrió. Si Reina Emma era la mujer más rica del Pacífico, se debía a su fama de madurar bien el menor de sus proyectos y no dar nunca pasos en falso. Bien sabía ella que él era defensor quijotesco de los canacos. ¿Cuál era, pues, el motivo por el que le guardaba en rehén? ¿Por qué, al contrario de lo que él creyó, no sólo no había ordenado que le dieran muerte, sino que por añadidura le había hecho ser testigo de aquella conversación confidencial?…

Por la tensión de nervios desde su huida de Kerringdale, el sueño acudió a sus párpados, haciéndolos pesados y velando en nubes de

modorra sus pensamientos.

Cuando despertó, con la sensación de ser observado, vió a Emma Travers sentada frente a él en el mismo sillón desde el que había actuado el contacto que le había convertido en prisionero sin posibilidad de resistencia.

—Largo sueño reparador —comentó ella, sonriente.

—¿Qué propósito oculto te traes entre manos, Reina Emma?

—Ninguno. Quizá confiando en tu caballerosidad, sé que si me dieras tu palabra, la cumplirías. Me dolería malgastar con una bala el caudal de energías y decisión que hay en ti… Pero aguardaré a oír lo que comercialmente me sirva de cuanto quiera decirme el americano que en estos instantes mis tres socios están reanimando… Supongo que para ti será interesante oír lo que…

Interrumpióse ella, y los mismos cuatro individuos que por la mañana habían servido de centinelas para Mario Hidalgo ocuparon ahora idénticamente las dos puertas del vestíbulo.

Hans Rein, Oeeldhorf y Park entraron. El austriaco y el alemán sujetaban por los brazos a un sujeto de rojos cabellos, alto y desgarbado, que andaban con cierto tambaleo, como un hombre ebrio.

Tras él, Park le empujaba por los hombros.

El prisionero vestía ropa de marinero, y sus rasgos, como tallados a hachazos, tenían ahora cierta vaciedad. Carecían de expresión.

Emma Travers se levantó y de una licorera extrajo una botella aplanada cuyo gollete aplicó, después de desenroscarlo, a los labios del marinero. Y empujó con el frasco, hasta que, echada la nuca hacia atrás, logró verter parte del contenido líquido en la boca del que estaba bajo los efectos de una larga anestesia.

Retrocedió ella, sentándose de nuevo.

Ross Maloney sacudió la cabeza, como si saliera del agua. Escupió ruidosamente, produciendo extraños gruñidos, y su rostro adquirió una expresión de asco.

—¡Cáscaras! —dijo con voz estropajosa—. Sabor de perros quemados y chinches aplastados.

—*Whiskey* —anunció Emma Travers—. Eso es lo que ha bebido, marinero. Sigue aún entontecido, pero me está oyendo. Atienda escrupulosamente mi advertencia. Procure no sentirse camorrista para hacer honor a su uniforme, porque saldrá perdiendo.

Ross Maloney quiso llevarse las manos a la cabeza, que le dolía. Sus ojos seguían ostentando un apagado matiz de incomprensión.

—Camorrista… honor… perdiendo… —fué balbuceando.

Abstemio concienzudo, el efecto del *whiskey* y su propia vitalidad exuberante se impusieron al malestar del reciente anestésico. Levantó

la barbilla, sintiendo calor en las sienes y quemazón en la garganta.

Miró a su alrededor. Vió a los dos que le sujetaban por los brazos y a los otros dos que en la puerta del fondo dirigían hacia él las bocas de sus rifles.

—Parece que el cordial le ha reanimado ya —comentó Emma, indiferente.

—¿Cordial? —gruñó Maloney—. ¿Ese infecto rascatripas?

Su voz seguía algo vacilante y débil. Giró la cabeza y vió al que estaba tras él.

—Ojo de cristal —masculló.

Reconoció los rasgos de Hans Rein bajo el vendaje. Otros dos rifles le apuntaban en la puerta, a sus espaldas.

El hombre sentado en un sillón le era desconocido. «Un hermoso rostro inteligente», pensó con pueril incoherencia. Y cuando vió a Emma Travers, de golpe una portentosa claridad pareció despejar su cerebro.

—Hola, hermana —saludó con afirmativo cabezazo—. Usted fué la que me atrapó con sus maullidos de gatita amable. Ahora recuerdo la trampa. ¿Conque a otra sala para hablar más cómodamente, eh? Claro, una invitación a la que no me sustraje porque me apoyaba usted en los riñones el rifle humeante con el que acababa de despachar a Lars Olsen. ¡Qué lástima, cáscaras, que siendo tan guapa maneje usted tan bien los escupe-fuegos!

Hablaba ahora a borbotones, deseoso de hablar. El *whiskey* le daba euforia.

Era escuchado en silencio. Cuatro impávidos europeos armados de rifles, estáticamente vigilantes… Un individuo a sus espaldas y otros dos a sus lados, sujetándole prietamente los antebrazos…

Comprobó que tanto Hans Rein como los otros dos junto a él tenían en la diestra el «rompecabezas inglés». La manilla de hierro, de cuatro orificios, donde se introducían los dedos, y formaba al apretarla contra la palma cuatro nudillos de puñetazo demoledor…

—Ha tenido ya tiempo de contar, Ross Maloney —dijo Emma Travers—. Siete hombres dispuestos a pegarle una paliza apenas se sienta usted héroe. Y uno de ellos está deseoso de tundirle a golpes.

—¿El del vendaje? —y Maloney miró a Hans Rein—. Él se lo buscó. Hay momentos en que para no ser yunque hay que martillear. Quiso atizarme y yo me defendí. Eso es todo. Pueden soltarme. No voy a ser tan imbécil como para pretender camorra, hermana. Me han dicho que usted es una gran mujer de negocios. Póngase en mi lugar, y comprenderá que no pienso dedicarme a creerme que yo solo valgo siete hombres, sin contar el musculoso Apolo que se mantiene a la

expectativa.

Oeeldhorf y Hans Rein soltaron los dos brazos del americano, que los levantó y, entrelazando las manos, las apoyó en la nuca. Era más alto que los otros, pero en contraste con las humanidades corpulentas de Rein y Oeeldhorf parecía flaco, larguirucho y demasiado joven.

—¿Vió los adminículos que refuerzan las manos de sus vigilantes? —preguntó Emma Travers.

—Manillas inglesas. Mal negocio. Cascan duro y mellan huesos. Soy bruto, pero no tanto como para no estarme quieto. Desembuche, hermana. ¿Qué pretenden hacer conmigo?

—Felicitarle primero, Ross Maloney —fué diciendo ella—, por haber conseguido que Lars Olsen se asociara con usted traicionando a los que eran sus socios.

—No había sociedad, ya que nada le dijeron del oro de Birara. Pero él era un chico listo y lo olfateó.

—También es usted un chico listo, puesto que fué a Birara y luego supo llegar hasta aquí.

—Hablemos claro, Reina Emma —dijo Maloney, siempre con sus codos en alto y de vez en cuando reclinando hacia atrás la cabeza, como para despejarse—. Vine a por lana y estoy trasquilado. Tengo entendido que es usted omnipotente, pero no se extralimite. Si me liquidan, podrán pedirle responsabilidad criminal por la muerte de un súbdito de Kansas.

—Por el instante no pienso en suprimirle, Ross Maloney —dijo ella con aparente sinceridad—. Hasta quizá lograra darle empleo, si me habla con sinceridad. ¿Cómo supo que había oró en Birara?

—Me lo contó un canaco agonizante.

—¿Cómo logró salvarse?

—El canaco murió.

—Me refiero a usted. Según Hans, usted cayó preso de los canacos de Birara.

—Me salvó el pintor francés. El buen loco que, por aborrecer a los de su pelaje, prefiere convivir con los salvajes.

—¿Por qué le salvó?

Ross Maloney rió bruscamente.

—Se puso furioso a su modo cuando se enteró por el jefe canaco del engaño de que había sido objeto por esos —y con la barbilla señaló a ambos costados—. Y me acompañó hasta bordo. Quiso que, como fuera, yo hiciera saber a Hans Rein que si volvía por Birara hallaría flechas envenenadas, y que cualquier blanco que pisara el suelo de la isla podía hacerlo entonando de antemano un canto fúnebre, porque serían sus funerales. El pintor francés ha decidido que

dejen en paz a los canacos y al oro, y para ello está dispuesto a desatar los instintos canibalescos de la turba de monos negros.

Reina Emma adelantóse en su sillón y su diestra apuntó hacia el que hablaba.

—Usted ha estropeado la labor de años —silabeó incisivamente.

—¿Yo? —exclamó Maloney—. Escuche, hermana. Cualquier otro en mi lugar, al saber que en Birara había moneda, habría ido a por ella. He perdido, y sin rencor lo admito.



Replicó con un poderoso izquierdazo…

—Cuantos se interpusieron en nuestro plan, murieron —dijo ella lentamente.

De pronto los dos brazos de Maloney parecieron dislocarse a ambos costados, mientras saltaba hacia arriba inesperada e incongruentemente.

Pero su salto tenía un motivo que Park Ojo-de-Tiburón no previo a

tiempo. A espaldas del larguirucho marino no desconfiaba de ningún ataque, inútil e inverosímil.

Gimió con brusco saludo hacia delante, cuando los dos tacones de Maloney chocaron brutalmente contra su bajo vientre.

Hans Rein y Oeeldhorf, alcanzados de lleno en el cráneo por los dos puños abatidos con todo vigor, reaccionaron distintamente. Hans Rein, dolorido por las llagas de las recientes quemaduras, no pudo resistir el impacto, que le hincó mil alfileres de agudo sufrimiento en el cráneo, complementando la reciedumbre del puñetazo.

Cayó desvanecido, mientras Oeeldhorf, tambaleándose, proyectaba furiosamente sus dos puños hacia delante.

La escena habíase desarrollado en un segundo. El salto, los puñetazos en doble distensión y las caídas de Park y Rein.

Ross Maloney había comprendido que las últimas palabras de Emma Travers equivalían a una próxima sentencia. Y no quería morir sin que el propio calor del combate ahuyentara el pánico que sentía.

Acuciado por el instinto de salvarse, y considerándolo imposible, desarrolló una velocidad inaudita en todos sus movimientos.

Contra la agresión de Oeeldhorf, medio «groggy», replicó con un poderoso izquierdazo que lanzó hacia atrás al alemán, que cayó, derribando con sus espaldas un mueble.

Los distintos movimientos de los cuatro en la rápida lucha tuvieron la rapidez de un fogonazo de magnesio que pareció deslumbrar a los cuatro centinelas.

Uno de ellos disparó, y la bala silbó restallante, llenando el vestíbulo con la resonancia, del estampido.

Ross Maloney había elegido una trayectoria especial, bien meditada mientras hablaba con Reina Emma. Avivada su imaginación por la idea de que le sería difícil salir con vida de aquel paso, calculó que los portadores de rifles no dispararían contra él mientras se conservase en la línea de tiro posible entre las dos puertas.

No iban a correr el peligro de malherirse entre ellos mismos y a la propia Emma. Claramente estaban allí para disparar si pretendía salir, y sólo lo harían cuando él abandonara el vestíbulo, dándole fácil caza en el exterior.

Por eso su primera acción, tan pronto derribó de un izquierdazo a Oeeldhorf, fué lanzarse hacia delante como buscando la salida a ciegas, corriendo agachado.

Oyó silbar la bala por encima de su nuca y apartarse de un salto a uno de los dos guardianes que parecían tener por misión impedirle la salida.

En vez de seguir en su carrera hacia la puerta, proyectóse como un

bólido, cabeza gacha, contra el segundo centinela, con la intención de arrebatarle el rifle.

Aquella arma era la única que podía salvarle. Logró conectar su cabeza con el estómago del escopetero, y le sintió doblarse encima de él, pero sus manos, levantadas en busca del contacto que anhelosamente ansiaba del rifle, parecieron quedar paralizadas a medio camino.

A la vez que caía encima de él su maltrecho adversario, doblado en dos, reunió todas sus fuerzas y, alzando el rifle, asestó un culatazo impresionante.

Falló el golpe, pero el otro, que había saltado de costado, no disparó por temor a herir a su propio compañero. Su culatazo fué más certero, y Ross Maloney, alcanzado en un hombro, lanzó un gruñido de furor.

Los otros dos acudieron corriendo, y en la masa confusa de los dos caídos propinaron varios culatazos más.

Todo sucedió con ritmo de vértigo. Reina Emma, inmóvil en su sillón, ostentaba una palidez instintiva, pero se mantuvo serena, al igual que Mario Hidalgo, que, como ella, siguió, aunque con distinto deseo, todas las incidencias del breve y contundente combate…

En el suelo, Park fué gruñendo, retorciéndose, con las dos manos aplicadas en el lugar contusionado por el doble taconazo. Oeeldhorf yacía en medio de los astillados restos de un mueble. Hans Rein, también inmóvil, con el rostro contra el suelo, tocaba con sus manos extendidas, en una de las cuales brillaba el hierro de la manilla inglesa, el zapato de Emma Travers.

Tres hombres armados de rifles rodeaban al que, extendido en el suelo y con el rostro hacia arriba, brazos en cruz, estaba sin sentido.

Atravesándolo encima de su pecho, el cuarto centinela retorcíase intentando levantarse. Pero su estómago se lo impedía.

—Sentadlo aquí —ordenó Emma Travers señalando el sillón junto al que estaba Mario Hidalgo.

Los tres marinos obedecieron, y asiendo por los sobacos dos de ellos al exánime Maloney, mientras otro le cogía por los tobillos, le llevaron hasta el asiento indicado por la dueña del «bungalow».

Desmadejado y sangrante, Ross Maloney quedó con las muñecas cerradas en los aros de hierro de los brazos del sillón, idéntico al ocupado por Mario Hidalgo.

Tendidas las piernas y caída la cabeza hacia atrás encima del respaldo, Ross Maloney daba la sensación de un hombre muerto. Por la comisura izquierda de sus labios resbalaba un hililllo de sangre, y la desgarrada guerrera mostraba por los jirones los lugares donde las

rojeces indicaban los impactos de los culatazos.

El golpe que le había privado de sentido era el que, aunque amortiguado inconscientemente por el marino elegido para arrebatarle el rifle, había presionado su yugular, agolpándole la sangre en los ojos.

Emma Travers señaló a los cuatro hombres que seguían en el suelo, y de los cuales dos de ellos, arrodillados, pugnaban por levantarse.

—Atendedlos.

En su voz seca e imperativa alentaba desprecio.

Mario Hidalgo ladeó la cabeza mirando al americano, que presentaba el aspecto de una víctima de atropello.

—Lástima —murmuró—. Era un buen luchador.

—Un torbellino loco e imprudente —rebatió Emma.

—Que estuvo a punto de conseguir lo que se proponía. ¿Y ahora qué, Emma Travers? ¿Quién va a ser el verdugo que remate la labor? Una pandilla de asesinos te rodea.

Alzó la mano Emma como apartando una mosca inoportuna.

—Todo a su tiempo, Mario Hidalgo. Necesito ahora concentrar mi pensamiento en lo que este aventurero ha dicho. ¡Quieto, Park! —el grito de aviso de Emma Travers iba dirigido al antiguo explorador que, alzada la diestra donde llevaba la manilla de hierro, avanzaba hacia el sillón ocupado por el desvanecido Maloney.

Park se detuvo y, aun inclinado a efectos del dolor, habló con voz entrecortada:

—Déjame matarle.

Dos palabras dichas con tal encono, que Mario Hidalgo suspiró. Veía en Park a uno de los hombres que cuando estaba libre y era el "Jinete del Pañuelo Negro" le gustaba «ajusticiar». Comprendía que el oro había cegado al que antaño había sido un aventurero, convirtiéndolo en un asesino.

—En Birara debiste hacerlo —replicó ella—. Ahora yo decidiré cuándo y en qué minuto morirán estos dos. Acaba de atender a tus compañeros, Park. Y que los otros se vayan. Quiero hablar a solas con vosotros tres.

Park acercóse a los que, habiendo adosado a la pared a Oeeldhorf y a Rein, en posición de sentados, les habían suministrado los enérgicos procedimientos que la vida aventurera enseñaba.

Alcohol y rudos masajes en las sienes, acompañados de pocas amistosas bofetadas en el rostro. Fueron sustituidos por Park, y se fueron llevándose al que se apoyaba en sus hombros, frotándose el estómago.

Encendió Emma un cigarrillo y cerró los ojos. Absorta en sus

pensamientos, repiqueteaba con los dedos de su mano derecha encima de una de sus rodillas.

Abrió repentinamente los ojos al oír los pasos de Park. Contra la pared, Hans Rein y Oeeldhorf, sentados, tenían ya los sentidos recuperados.

—No os mováis —dijo Emma Travers, hablando rápidamente—. Hay que actuar para poner remedio a vuestra torpeza.

—Fué tan inesperado… —masculló torvamente Hans Rein.

—Calla, Hans. Me avergonzaría hablar después de lo sucedido. Un hombre al que no supiste matar en Birara…

—No podía despertar los recelos de Robert Charles, y luego los canacos ya se habían hecho cargo de ese…

—Tregua de lamentaciones. Habéis oído lo que dijo antes de pegaros una paliza vergonzosa. Robert Charles cumplirá lo dicho. Ya no confía en ti, Hans. Y hay mucho oro en Birara. Será nuestro porque cuando empiezo un negocio no lo abandono. Pero habrá que actuar de otro modo. ¿Qué se opone para que el oro de Birara esté en nuestro poder? Tan sólo Robert Charles y los canacos. Serán exterminados.

Hablaba con precisión, puntuando sus palabras como si dictara una carta comercial. Mario Hidalgo volvió a suspirar. Ella continuó hablando:

—Necesitamos hombres. Gente que no sea de Rabaul. Gente ávida de hallar una posibilidad de encontrar fortuna. Vosotros los reclutaréis. Sin decir el punto final del viaje, para no sembrar la quimera. Para que no se precipiten hacia Birara avalanchas de mineros. Tres zonas hay en el litoral australiano que da frente a Nueva Guinea donde encontraréis los equipos que precisáis. No citéis para nada Birara. Vuestro prestigio es suficiente, y vuestra discreción los mismos a quienes reclutéis la considerarán augurio de gran veta. Hombres de vuestro renombre, a quienes se os daba por muertos o desaparecidos, enrolarán pronto mineros. Procura hablar poco y preciso, Hans Rein. ¿Cuántos fusiles harán falta para terminar con los canacos de Birara?

—Trescientos son suficientes —dijo el austríaco, ceñudamente.

—Bien. Tú en el «schooner», Hans, irás a M'Vala. Tú en el «brick», Park, irás a Grassmate. Tú en el maderero, Oeeldhorf, irás a Eddie Creek. Ya conocéis los lugares. Idénticos en poblaciones y costumbres. Tabernas donde todos hablan de oro y con alcohol reavivan sus ánimos desesperanzados por el continuo escarbar de las arenas australianas. A cada uno de vosotros os será fácil reunir cien de esos individuos. Llevaos cada uno una caja de pepitas. Con ellas pagaréis los equipos y el armamento de vuestros reclutados. Y podréis entrar en

Birara, permaneciendo en ella hasta que sus montañas y sus ríos queden exhaustos. Ya queda establecido que nadie sabrá vuestro rumbo.

Mientras ella había estado hablando, tanto Oeeldhorf como Rein habíanse puesto en pie. De nuevo la fiebre del oro obraba su sempiterno milagro: hacer olvidar. Tan sólo una idea fija, obsesionante: oro.

—Serán trescientos hombres —dijo Park—. Y Birara debía ser tan sólo para nosotros cuatro.

—Ellos, bajo vuestro mando, entrarán en Birara —replicó Emma Travers—. Las flechas de los canacos matarán a algunos. Las fiebres a otros más. Los que queden al terminar la labor… no participarán en los beneficios. Podéis partir tranquilos. Idos ya.

Park señaló a Maloney y a Hidalgo. El americano seguía inerte.

—Yo me ocupo de ellos dos —replicó Emma a la muda indicación de Park—. Y os garantizo que no seré tan torpe como vosotros. Marchad y zarpad inmediatamente. Cuando hayáis terminado la recluta, os reuniréis en la isla de Arafura. Entonces tomaréis rumbo a Birara. Buena suerte.

Los tres aventureros dirigiéronse hacia la puerta. Hans Rein se volvió.

—¿El oro para enrolar y equipar?

—Que Bulolo y dos canacos lleven por vosotros tres cajas a bordo. No estáis muy repuestos aún de la paliza que os dió el americano. Bulolo te acompañará al santuario. Llámalo.

Dió una voz Hans Rein, y después de un instante en el umbral apareció la silueta del viejo canaco.

—Acompaña a «master» Hans, Bulolo. Con dos criados llevad a bordo tres cajas —y levantóse ella—. Venid conmigo.

Quedó el vestíbulo libre, y Mario Hidalgo contempló de nuevo con lástima a Ross Maloney. Del pecho del americano se escapó un estertor como el ronquido de un hombre que se despierta sobresaltado.

Parpadeó Maloney, pasándose la lengua por los labios. Su cabeza cayó sobre el pecho, volvió a enderezarse y de nuevo cayó.

Sus piernas sé encogieron y, afianzándose sobre los tacones, en la semiinconsciencia, trató de incorporarse. Exhaló un tenue gruñido cuando sus muñecas no le obedecieron, y en cambio sus hombros, al moverse, le dolieron.

Se agitó con progresiva violencia, inútilmente. El mismo dolor de su cuerpo magullado y el martilleo de su carótida le despejó.

Fué mirando a su alrededor, sin ver a Mario Hidalgo más que

confusamente. Quedóse contemplando sus muñecas aprisionadas por el mordiente cerco de metal, y levantó al fin la cabeza.

—Lo siento, señor —dijo Mario Hidalgo amablemente y con sincera simpatía—. No fué una derrota, sino un triunfo, aunque esté ahora imposibilitado de volver a martillear.

Ross Maloney concentró sus pupilas en el rostro del colombiano, después de ver que también sus muñecas estaban en la misma posición que las suyas.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hacemos aquí solos? ¡Cáscaras! Estoy molido. Una apisonadora, al menos, me habría dejado definitivamente tranquilo.

—Eran siete, señor —dijo Mario Hidalgo—. Quizá si yo hubiese estado libre habríamos logrado escapar. Ahora, tendremos que pasar por el humillante trance de que una hermosa mujer, en defensa de sus negocios, nos quite de en medio. Citándola, ahí está.

Siguió Maloney la dirección de la mirada del colombiano, y fué viendo cómo Emma Travers, con una automática en la mano, atravesaba el vestíbulo, sentándose frente a ellos dos.

La automática tenía ajustado en su boca un tubo silenciador…

Capítulo III

CAZA MAYOR

—Para no ser yunque hay que martillear. Bonita frase —dijo Emma Travers, colocando en su regazo la automática—. Prácticamente intentó usted demostrarlo, Maloney.

—Y martilleó. Si no te hubieses valido de tus asesinos, no…

—Gracias por su defensa —atajó Maloney—. Pero nos podemos ahorrar saliva y no malgastarla hablando de lo que habría podido ser. Estudiemos lo que ha sido. Esos sillones son cómodos, Reina Emma. ¿Invención suya, como la cámara de atontamiento?

Ella dió una cabezada lenta, brillantes los ojos. Ross Maloney volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Me han hecho papilla sus perros, Reina Emma. No quiero ser profeta, pero tengo por seguro que si sigue usted dedicándose a juegos de tal calibre terminará mal. No todos van a ser tan Cándidos como yo o este colega de sillón.

—Tendría que enorgullecerle esta compañía, Maloney. ¿Sabe quién es el que dentro de unos instantes le acompañará en el viaje a la eternidad? Es nada menos que el "Jinete del Pañuelo Negro" —y rió la mestiza con inflexiones sarcásticas—. Un caballero andante que quería remediar injusticias. Sí, era un pobre infeliz que pretendía que nada era más odioso que el civilizado que explotaba al salvaje canaco convirtiéndolo en criado. Y un canaco al que él mismo había salvado de un castigo le delató. Yo lo salvé de presidio, porque tenía que vengarme de él. Me molestaba extraordinariamente que un bandido generoso de la fama del "Jinete del Pañuelo Negro", reputado como trovador galante y de sensible corazón para los infortunios de gentiles doncellas abandonadas, infecto folletín de mal gusto, cometiera en Grassmate una acción incalificable.

—Búrlate cuanto quieras, Emma Travers. Podrás matarme, pero yo logré que muchos canacos supieran que no eras omnipotente. Que tú influencia de hermosa y millonaria se detenía en un punto —y el colombiano hablaba apasionadamente—. Bastaba que un hombre te despreciase y, azotándote públicamente, demostrase que unas espaldas de mujer blanca son tan sensibles como las de un canaco. Aun más, porque el canaco es un ser sin amor propio. En cambio, tú…

—¡Cáscaras! —intervino Maloney, exasperado—. Que no estamos haciendo la digestión de una cena en tertulia de sobremesa recordando sucesos que ya pasaron. El pasado murió, y veamos de estudiar el presente. Ustedes dos están hablando como personajes de novela barata, ¡condenado me vea yo! Oiga, hermana, ¿usted no pensará largarnos plomo, eh?

Emma Travers ladeó la cabeza, y su gesto era delicioso, mientras examinaba a Roes Maloney.

—¿Sabe que me gusta, Maloney? Tiene un léxico muy práctico. Habría sido usted un buen auxiliar. Pero sabe demasiadas cosas que no me interesa que pueda propagar.

—¿Lo de los pedruscos de oro? —y Maloney casi se atragantó por su prisa en hablar, en vehemente sinceridad—. Le juro, hermana, que ya me ha dado suficiente molestia ese dichoso asunto. Renuncio por entero a sentirme minero. Para usted todo el oro que hay en esos contornos. Yo me iré de nuevo a Shanghai, y le doy mi palabra de hombre de que por mí no han existido ni Birara ni ese «bungalow». Tengo los huesos resentidos. Présteme sus orejitas y si, como dicen, es usted tan lista, verá que no miento. Le remorderá la conciencia si me despacha.

—Usted pretendía coger un rifle para eliminar a cuantos pudiera.

—Era muy distinto. Yo me defendía. Y créame si le juro que a usted no le habría tocado siquiera un cabello. Las mujeres en la cocina y amamantando. Ese es mi lema.

—Creo observar que tiene pánico, *mister* Maloney —dijo ella con refocilamiento burlón.

—No lo niego —arguyó Maloney apresuradamente—. También, cuando un Ford guiado por una mujer andaba por mis alrededores, echaba yo a correr. Y una pistola en manos de una mujer es un trasto temible. No puedo creer que usted piense liquidarnos a ese jinete sin montura y a mí. Usted es una hermosa mujer civilizada. Hay tribunales. Si algo le hemos perjudicado sus negocios, pues… ¡Cáscaras! Estoy largando una sarta de imbecilidades.

—Instinto de conservación se llama al impulso que le hace hablar, *mister* Maloney —dijo ella—. Pregúntele a Mario Hidalgo si yo soy mujer que acude a los tribunales.

—Lo quieras o no, Emma Travers, acudirás algún día a un tribunal. Uno que te juzgará tal como te mereces, muy por encima de la mísera justicia humana. Te endiosaste, y te perdono, porque eres una desgraciada. No vives, sino que tu codicia es una cárcel fría que día tras día hiela tus miembros. No hallarás cariño ni calor de hogar. Serás la hembra estéril maldecida por la Biblia, y en tus instantes de

humano dolor nadie enjugará tus lágrimas por impulso de afecto. Asalariados te rodean, y envejecerás odiosamente, ignorante de que para ti la vida te ofrecía otros dones mejores que el maldito oro y el dominio.

—¿No se ríe, yanqui, al oír a su compañero de condena? —inquirió ella sonriendo.

Ross Maloney sacudió la cabeza con vigor. El gesto le hizo crispar los labios, porque había repercutido en su cuello y en sus hombros.

—No lo he entendido bien, pero habla como un predicador convencido —dijo, perplejo—. Debe haber verdades en lo que le dice, Reina Emma. Ha escupido unas cuantas frases que dan en diana. ¿Por qué emplea rifles y automáticas, Reina Emma? Dedíquese a hacer calceta. Piense en un buen marido. Deje para los imbéciles como yo el meternos en aventuras. Yo persisto en creer que usted no puede pensar seriamente en quitarnos de en medio…

—Sois un par de ridículos Adanes —dijo ella suavemente—. Y eso es lo que me regocija. ¡Yo, una mujer, os tengo a mi merced! Tú, Mario Hidalgo, el enmascarado que tuviste en jaque por meses y meses a los «Warder» del sargento Francis Romney, el "Jinete que daba ventaja a los que iba a matar; tú, el defensor del oprimido, orgulloso de tu fama de personaje de siglos pasados, vas a morir. Y tú, Ross Maloney, un intrépido muchacho luchador, dominante y audaz, también estás a mi merced. ¿Es que no lo has adivinado, Mario Hidalgo? No hago la misma pregunta a Ross Maloney porque adivino que no es ducho en psicologías femeninas. Pero tú, Mario Hidalgo, tuviste muchos amores. ¿No has acertado aún a comprender mi complejo? Os desprecio. Desprecio a todos los hombres, por infatuados, por soberbios. Porque aun los que más servilmente besan mi mano en las recepciones coloniales, sé que comentan con sonrisa protectora que por mujer no hago demasiado mal papel en los negocios. Os desprecio a todos desde el día en que uno de vosotros, creyéndome una mestiza romántica, me mintió amores y se rió de mí cuando me rendí a sus palabras. Desde entonces, cada vez que he visto morir a un hombre he sentido alegría. Y cuando tus hermosos rasgos estatuarios se petrifiquen con la frialdad de la muerte, entonces, Mario Hidalgo, reiré alegremente. Todos vosotros, los aventureros, los hombres tan semejantes al que se burló de mí cuando apenas era yo una adolescente, sois para mí muy semejantes a las piezas que entretienen a los hábiles tiradores. Caza mayor. Caza con la que vengo mi corazón, para siempre insensible… —y de pronto rió ella agudamente—. Me contagiaste tu romántico estilo, Mario Hidalgo. Podéis estar orgullosos. Vosotros dos sois los únicos que sabéis el

secreto de Emma Travers, la envidiada Reina Emma… Envejeceré odiosamente, has dicho. ¿Quién tuvo la culpa?

—Oiga, muchacha —intervino Maloney avanzando el cuello—. No se acalore y conserve la sangre fría. Lo pasado, pasó. Si hubo un canalla que le hizo una jugarreta, no es justo que paguemos nosotros los platos rotos. Estudie el asunto con calma y no ande hurgando el gatillo de la automática.

Ella mantuvo el arma con el cañón rozando sus cabellos a la altura de la sien. Su respiración fué normalizándose.

—Habla por tu boca el sentido práctico, Maloney.

—Naturalmente. Ustedes dos tienen frases que se me escapan. No nos andemos por las ramas. Déme rienda suelta, y tiene mi palabra de que me largaré bien lejos de aquí. Y suelte también a ese muchacho. Matar a sangre fría no le dejará dormir en lo sucesivo.

Pestañeó Maloney, mientras Mario Hidalgo cerraba los ojos. Si las pupilas de Maloney brillaron excitadas, lo acomodó a su lenguaje al proseguir con vehemencia después de su corta pausa:

—¡Tire al suelo su arma, muchacha! Olvide todo lo sucedido, como yo pienso olvidarlo.

—Me das lástima, yanqui. Antes, peleando, me admiraste. Pero ahora tú mismo miedo a la muerte que sientes cercana te hace divagar y…

Una ancha mano bronceada rodeó la muñeca armada de Emma Travers, brotando como por magia del respaldo del sillón. La misma mano alzó hacia el techo la trayectoria de la automática, que no se llegó a disparar porque los dedos que aprisionaban los femeninos músculos obligaron a abrirse la diestra amenazadora.

Y un gigante de musculatura impresionante levantó en vilo a la mestiza mientras al suelo caía la automática. Coincidiendo con su acción, en los dos umbrales aparecieron varios chinos, que fueron entrando y respetuosamente se prosternaron por tres veces rápidas, antes de alinearse contra las paredes.

Ross Maloney bufó exhalando en amplia respiración de desahogo la excitación que le había acometido cuando, al igual que Mario Hidalgo, había visto aparecer reptando por el suelo la broncínea silueta de Xopinga, el hercúleo chino del norte que, por las muertes de Tian y Ling, ocupaba ahora el cargo de lugarteniente a bordo del «Panther».

Mario Hidalgo abrió los ojos, contemplando la escena.

—¿Cómo diantres dejan de morder esos trucos? —preguntó Maloney, señalando con su barbilla los cercos de metal.

—Bajo el sillón que ella ocupaba hay dos botones. Presionándolos

cerró…

A la explicación de Mario Hidalgo, Ross Maloney habló precipitadamente en chino, reproduciendo sus palabras. Varios de los orientales se destacaron y, tras hurgar bajo la alfombra, oyéronse dos «clics» sucesivos y Maloney se incorporó frotándose las muñecas, donde el hierro había dejado su sangrienta huella.

Emma Travers cesó de debatirse entre los brazos de Xopinga, que la mantenía en vilo, alejándola de sí, al extremo de su larga envergadura.

—¡Gran tipo! —exclamó Maloney, alborozado—. Suéltala y hazla sentarse, Xopinga —añadió en chino, y mientras él obedecía en silencio, empujándola y colocando sus dos manos en sus hombros, permaneciendo tras ella, Maloney continuó—: Tu imitación de un reptil prehistórico me encantó, Xopinga. Os dejé a todos a bordo, y maldije muchas veces no haber mantenido a alguien a la espía. Contéstame, Xopinga. Te oiré babeante.

Mezclaba en sus frases palabras de «pidgin», el inglés de los puertos asiáticos.

Xopinga habló ceremoniosamente:

—Tú me consideraste digno de ser tu segundo, capitán Pantera. Honor que me dió la máxima recompensa. He procurado ser digno de ti, capitán Pantera. Cuando tu tardanza me inquietó, vestí ropa de blanco y anduve en la ciudad. Tardé en dar con tu pista, capitán Pantera. Y porque yo no poseo tu valentía invencible, capitán Pantera, reuní a veinte de tus siervos, y las sombras de la noche hasta aquí nos cubrieron. Cuantos hay en esa mansión, atados están. Y diez de tus siervos, repartidos por el exterior, vigilan.

—Dueños del cotarro —dijo Maloney, frotándose las manos. Y también en inglés, añadió—: Tú, Xopinga, y mis macacos habéis sido oportunísimos.

Rió a carcajadas Maloney, con jovial alegría. Emma Travers le miró desde el sillón, donde la mantenían las manos de Xopinga, a sus espaldas.

Mario Hidalgo seguía sentado, y, libres sus muñecas, contemplaba las espaldas de Maloney.

—Caza mayor —dijo el americano sonriendo, y, cesando en sus carcajadas—: Buen susto pasé, Reina Emma.

—No te creí poseedor de la astucia de obligarme a hablar, esperando la llegada de tus piratas —musitó ella serenamente.

—No hay tal. Ellos vinieron porque son mucho más listos que yo. Avanza, Tiamin —ordenó Maloney.

Un chino, a pasos presurosos, acercóse. Llevaba, como quien

presenta una bandeja, un fusil ametrallador al extremo de sus manos.

—¿También tuya la idea, Xopinga? —preguntó Maloney, mientras pasaba alrededor de su cuello la banderola del arma, dejándola colgar ante su pecho. Palmoteó la culata con evidente satisfacción, casi infantil.

—Tu «escupe-fuegos», capitán Pantera —habló ceremoniosamente el hercúleo chino—. Bajaste sin él y me permití traértelo.

—Tus antepasados en el paraíso de Confucio se harán lenguas de la inteligencia del que les honra —dijo Maloney, repitiendo la frase que había aprendido de entre el florilegio de elogios chinos—. Y ahora, salid todos. Escondeos entre los matorrales, y quien se acerque, dejádmelo atado y silencioso. Aguardadme.

Fueron desfilando todos uno a uno, después de prosternarse por tres veces en rápidas inclinaciones de cintura. Los cónicos sombreros, los torsos desnudos, los yataganes…

—Piratas —dijo Emma Travers expresando en alta voz su pensamiento.

Xopinga quitó sus manos de encima de los hombros de la mestiza y, también con sus inclinaciones preliminares, abandonó el vestíbulo.

—Andar pies desnudos tiene sus ventajas. Y también el que antaño fueran piratas fluviales. Saben apoderarse de barcos sin meter ruido. Les ha sido fácil hacerse los amos de ese «Boomerang».

Ross Maloney acercóse hasta quedarse en pie ante Emma Travers.

—¿Cuál es ahora la pieza de la caza mayor, Reina Emma?

Pero ella no contestó, porque entre el sillón donde se sentaba y Ross Maloney se interpuso Mario Hidalgo.

—No lo consentiré, señor —dijo el colombiano.

Ross Maloney examinó el semblante del que le miraba con decisión.

—¿Qué ocurre ahora?

—Es una mujer.

—Ya me doy cuenta —rezongó Maloney—. ¿Y qué?

—No consentiré que ella muera, señor. Si ha de ocurrir, primero pisoteará usted mi cadáver.

—¡Cáscaras! Habla usted como uno de esos que andaban a cada instante citándose tras las catedrales con un *cortacarnes* al cinto, ¡No sea absurdo, amigo! ¿Tengo acaso yo cara de asesino? Hombre, no deja de ser gracioso que salga usted en defensa de la que estaba muy decidida a convertirle en fiambre. En fin, ya le dije que usted tenía modos de hablar poco claros, y también, por lo visto, actúa al mismo estilo. Vuelva a su sitio y déjeme a mí llevar el timón.

—Le agradezco que por su intervención haya quedado libre, señor;

pero no se manche las manos vertiendo sangre de una mujer que, si hoy es insensible, sabemos ya que no es culpable. Un corazón roto en sus albores es ponzoña que excusa todos los crímenes.

Ross Maloney rascóse la sien, mientras su diestra apartaba al colombiano, que voluntariamente cedió, quedando junto al sillón.

—Me recuerda usted al que allá en Kansas vendía Biblias —comentó Maloney—. Pero vayamos a lo práctico. ¿Oyó usted, Reina Emma? A lo práctico. Allá en su santuario hay un surtido de cajas magníficamente repletas de asqueroso metal amarillo. Voy a ordenar a mis hombres que se lo lleven, que mejor estarán a bordo de mi «Panther». Llámelo robo, si quiere; pero si cien años de perdón le dan al que roba a un ladrón, supongo que me darán doscientos por limpiar a una ladrona. No la estoy insultando, Reina Emma. Me limito a hacer constar que usted ideó un hermoso timo. No quiso dar participación a nadie. Quien navega en ilegales tráficos tiene que atenerse si las consecuencias. Cada uno caza las piezas que se ponen a tiro. Esa sí que es una buena caza mayor. No quiero ensañarme, Reina Emma. Me duelen los huesos y la cabeza. Déle gracias a que soy un estúpido bruto que a mi modo, sin tanto argumento como el caballero ese, considero que la mujer no cuenta en asuntos de esta índole. Pero lamento comunicarle que deberá despedirse de Rabaul por unas semanas. Las suficientes para que yo ponga a buen recaudo mi fortuna, y entonces la dejaré libre. Usted será mi pasajera, porque si la dejase aquí movilizaría usted sus influencias para que me cortasen el camino.

Emma Travers alzó la cabeza.

—Quizá usted sea de mi talla, Ross Maloney.

—No aspiro a tanto honor, como diría *mister* Mario Hidalgo. Vine a Oriente para poder volver a mi pueblo montado en un ocho cilindros, con *carnet* de cheques, y emprender negocios en grande. Caza mayor.

Inclinóse, recogiendo del suelo la automática, que colocó en un bolsillo de su guerrera.

—Charlen lo que se les antoje mientras yo organizo la expedición —añadió—. Pero, sépanlo ambos. Usted vendrá a bordo como pasajera, Reina Emma. Y usted… ya pensaré luego en usted. Hasta ahora.

Dirigióse hacia el exterior, y en el umbral volvióse:

—Inútil hacer un llamamiento a su sentido práctico, Emma. Ha perdido, y admítalo haciendo de tripitas corazón. Su «Boomerang» está rodeado de chinos que no entienden de galanterías. *Abur*.

Capítulo IV

RUMBO A M'VALA

Eran las cuatro de la madrugada cuando Ross Maloney, en cubierta de su velero, acogió con agrado el paso del último tripulante cargado con una caja.

Todo se había efectuado a su deseo. El «Boomerang» alto quedaba aligerado del contenido de la habitación llamada «santuario». Y en su camarote, vigilados por cuatro chinos, Emma Travers y Mario Hidalgo eran la única espina en su euforia ante el botín que estaba en sus calas.

Ordenó a Xopinga que se ocupara de la maniobra de levar anclas y zarpar rumbo al mar libré y la costa del Mar de China.

Desde que les había dejado solos hasta el instante en que estuvieron a bordo, después de la sigilosa marcha a través del bosque y dando un largo rodeo, custodiados por los yataganes de los amarillos, Mario Hidalgo y Emma Travers no habían intercambiado una sola palabra.

Y persistían en su mudez, cuando entró Ross Maloney, que, echándose la gorra hacia atrás, esbozó una sonrisa.

—Robo, rapto y demás —dijo alegremente—. Le desembarcaré lejos de aquí, Mario Hidalgo. Donde elija, a varios cientos de millas de Rabaul, y en alguna de las islas de que abunda este mar.

—Podía haberle dado mi palabra de honor de no decir nada de lo ocurrido, capitán Maloney —dijo el colombiano—. Pero si me da a elegir, desembarcaré donde desembarque Reina Emma. Aunque me queda un remordimiento. Miles de canacos morirán asesinados por un grupo de homicidas impulsados por la codicia del oro que Birara contiene.

—¿Birara? —preguntó de pronto Maloney, pensando en la promesa que le había solicitado el misántropo de la Isla Prohibida—. Bueno, tengo hambre. Hay pollo, mantequilla, arroz, pan y pescado. Elijan su desayuno, y aquél es su camarote, Emma Travers. Allí puede encerrarse. No se moleste si a la puerta, por fuera, habrá dos hombres. Uno para recoger sus encargos y el otro para impedir que cometa usted tonterías.

—Debo considerarme su prisionera, ¿no es así? —inquirió ella

levantándose.

—Mi pasajera forzosa hasta que quede lejos Rabaul.

Dirigióse ella hacia el camarote señalado por Maloney y se encerró por dentro. Maloney silbó varias veces, y acudieron dos chinos, que a su ademán se colocaron ante la puerta.

—Le agradezco que no tomara represalias contra ella, señor —habló el colombiano con su perfecta dicción—. Sufrió penas de amor a temprana edad y esto debió…

—Oiga, muchacho. No toque las teclas románticas. Me ha sido usted simpático, pero no me empalague con sus recitales de amores. Es un tipo curioso, amigo. En fin, atendamos a las verdades esenciales. ¿Quiere desayunar conmigo?

—Muy complacido. Déjeme, mientras, explicarle lo que sucedió cuando usted estaba privado de sentido y por qué no halló rastro de Hans Rein y los otros dos.

Terminaba Maloney de desayunar, cuando Mario Hidalgo había reproducido fielmente las indicaciones que Reina Emma había hecho a los tres aventureros.

—…Convertir Birara en escenario de una matanza, donde el primero en hallar la muerte será el pintor francés.

Ross Maloney pensó de nuevo en Robert Charles.

—¡Cáscaras! Lo siento por el buen loco de la Isla Prohibida. Pero hay en mis calas una carga preciosa, y que cada cual se las componga como pueda. Desayúnese, amigo.

Salió a cubierta, y a los cinco minutos hablaba largamente con Xopinga. Regresó al camarote donde efectuaba sus comidas y se sentó junto al colombiano.

—Oiga, muchacho. Voy a cometer una estupidez. Mi segundo sabe un lugar donde mi mercancía quedará segura, para recogerla cuando se me antoje. Debería alejarme de esos lugares… pero no quiero que despellejen al pintor de la Isla Prohibida. ¡Imbécil sensiblería! Bueno, no. Es que en el fondo, si me meto a redentor, es porque él me salvó el pellejo.

—No busque atenuantes, *mister* Maloney —dijo el colombiano, con radiante expresión—. Usted tiene una conciencia. Y ella le ha aconsejado.

—No nos andemos por las ramas. Enfoquemos el problema sin salir del terreno práctico. Yo le debo un favor a Robert Charles, y gracias a él soy un ricachón. Debo, pues, en lo que pueda, devolverle lo que por mí hizo. Pero tampoco deseo meterme en un infierno. Ir a Birara y aguardar la llegada de los trescientos cuervos sería absurdo.



La oscuridad se iluminó...

—La Hidra morirá suprimiendo las cabezas —dijo lentamente Mario Hidalgo.

—Hábleme con palabras a mi alcance.

—Matando a Hans Rein, a Park y a Oeeldhorf cesará el peligro contra Birara. Han ido a lugares donde el "Jinete del Pañuelo Negro" era conocido. Volverá a serlo. Y gustosamente veré caer muertos a

esos tres asesinos, porque sé que los venceré, ya que la razón me asiste.

Ross Maloney se encogió de hombros.

—Yo debería apartarme de ese lío. Pero tengo que cerciorarme de que Robert Charles seguirá pintando esperpentos tranquilamente. Cuando Xopinga haya dejado en lugar seguro mi carga, custodiada, haremos rumbo al primero de los puertos a donde fueron ese trío de mozos. ¿Cuál es el más cercano?

—M'Vala. Créame, capitán Maloney. Nunca se arrepentirá. Su oro quedará purificado, porque habrá evitado un horrendo crimen.

Ross Maloney miró al colombiano.

—Bueno, amigo. En parte… en parte es usted como el pintor loco. Me da la impresión de que es también un hombre soñador y bueno.

—Me evadí de presidio, donde estaba recluido por haber dado muerte a dieciséis hombres.

Quedóse unos instantes en silencio Maloney.

—Será absurdo lo que voy a decir, pero se me ocurre pensar que sus dieciséis adversarios merecían lo que les ocurrió. *Abur*.

***

La frialdad de la noche extendíase por el páramo enclavado en la cima de una cordillera. Desde la altura podía divisarse el plateado rielar que allá a lo lejos la luna arrancaba de la negra extensión del mar.

Pero el minero que, envuelto en su manta, dormía tendido en el suelo no tenía energías para desperdiciarlas en contemplaciones. Fatigado por su intensa labor socavando el ancho paraje que había rodeado de una simbólica empalizada, de la que sólo había constancia en cuatro estacas clavadas en rectángulo, dormía en busca de reposo para sus músculos.

Sin embargo, aun en su sueño, un sexto sentido, el confuso compañero de los que como él habían encanecido en constantes desplazamientos inquietos tras el posible hallazgo de una veta aurífera, le advirtió…

Algo rondaba, y el minero se incorporó a medias, soñoliento aún. Fué su última acción. La oscuridad se iluminó, y antes de que el disparo se oyera, repiqueteando en ecos por el páramo, el minero llevóse la mano al pecho, dilatados los ojos.

El crujido tenue de las suelas, que había hecho actuar el reflejo instintivo del minero, volvió a oírse, pero esta vez sin el amortiguamiento de una cautela, y Seldom Geofrey avanzó con el rifle en la diestra velluda.

Del cañón se elevaba una nubecilla blanca, restos de la combustión del disparo que alojándose en el pecho del minero, le produjo la muerte instantánea.

Inclinóse Seldom Geofrey y sus dedos registraron hábilmente el cinto amplio que rodeaba la cintura del cadáver aún caliente.

Fué amontonando piedrecillas y cuando hubo vaciado los compartimientos de tela del tosco cinto, enfocó sobre el montón el haz luminoso de una linterna eléctrica.

Una sarta de imprecaciones brotó de su boca al considerar la inutilidad de su crimen, y desfogóse salvajemente propinando puntapiés a su víctima.

Dejó de ensañarse, para abatido murmurar:

—Pedruscos sin valor. Estrías amarillas sin oro. Cuarzo común. Tampoco ese imbécil halló oro.

Alejóse desilusionado. Una vez más había fracasado en su intento de hallar un filón con el mínimo de trabajo.

Era el sexto minero solitario al cual mataba y ninguno de ellos, pese a sus encubiertas declaraciones de hallarse en camino del «Gran Filón», era otra cosa más que un visionario, alucinado como todos por la fiebre del oro.

La enfermedad que, al igual que el archipiélago, asolaba la costa norte de Australia, especialmente y con más frenesí en aquel paraje costero de M'Vala.

Seldom Geofrey dirigióse al poblado de M'Vala, para dedicarse a su acecho permanente de los mineros solitarios, que se volvían comunicativos ante un frasco de alcohol.

***

Al mediodía Ross Maloney se aproximó a la hamaca que, tendida entre dos palos menores de cubierta, mecía al vaivén del largo y calmoso oleaje, el sueño de Mario Hidalgo.

Por la extensa conversación sostenida con el inteligente Xopinga que estaba revelándose como un eficaz lugarteniente, le era preciso imponer tanto al colombiano como a la mestiza, un extraño tratamiento.

Mario Hidalgo después de dos años de dormir en perpetua alerta contra la persecución de los «Warders» australianos, tenía el sueño muy ligero y se incorporó prestamente cuando vió quién era la persona detenida ante la hamaca.

El sol daba de lleno encima del toldo bajo el que se guarecía la hamaca, y el velero avanzaba cabeceando, cortando con su proa afilada el ancho oleaje.

—Tendrá que verse obligado a compartir con Emma el único camarote de que dispongo para invitados forzosos —expuso Maloney.

—Preferiría no imponer mi presencia a Reina Emma. No le he de resultan grato. Pero usted manda a bordo, *mister* Maloney.

—Vea. En mis calas hay oro. Pienso repartirlo equitativamente entre mis macacos. Con la parte que me quede tendré más que suficiente para regresar a mi tierra como he soñado. Puro, secretaria, «Cadillac» y demás adornos de capitoste. Pero para lograrlo todas las precauciones son pocas, ya que por un sentimentalismo idiota, he decidido que tiene usted toda la razón en querer eliminar a los tres asesinos que quieren armar el zafarrancho padre en Birara. Usted lo hace impulsado por un afán protector hacia esos angelitos caníbales de canacos. Yo colaboro, porque si ahora en mis calas hay oro, se lo debo al pintor francés. Y no quiero que le priven de lo que para él constituye un paraíso.

—Ya le dije que así gozará en América la opulencia sin que el remordimiento empañe su bienestar.

Ross Maloney miró al colombiano que acababa de ponerse en pie.

—Oiga; con menos elocuencia que la que usted gasta, hay tipos en mi tierra que son diputados. Pero vayamos al grano. Comprenda que sería absurdo que me metiera a redentor, llevando a bordo las cajas con la mercancía amarilla. Obraría cohibido, como el avaro que cada vez que sale de su casa, tiene prisa por regresar. Xopinga, mi segundo, ha hallado un medio original de conservar en sitio seguro mi oro.

Rascóse Maloney la sien, añadiendo:

—Los chinos son muy desconfiados, y aciertan casi siempre. No es que yo desconfíe de usted, aunque le temo a sus arrebatos caballerescos. Y me temo también que ande usted enamorado hasta el tuétano de Reina Emma. Ella podría convencerle y sabiendo donde guardo el oro… pues, hombre enamorado es pez que muerde el anzuelo. No se ofenda, pero hablando claro todo queda cordialmente resuelto. Vea.

Y Maloney señaló a dos chinos que en el pasillo del entrepuente dedicábanse a recubrir con lonas el redondo cristal de la lucarna del camarote ocupado por Emma Travers.

—Por espacio de dos días ni usted ni Reina Emma deben saber el rumbo que lleva mi «Panther» ni dónde se pondrá al pairo para descargar la mercancía. Y yo estaré más tranquilo. ¿Me acompaña? Le explicaré a la muchacha el por qué durante dos días permanecerán ustedes dos encerrados en el camarote.

Emma Travers al ver entrar a Maloney y Mario Hidalgo levantóse de la litera donde estaba echada.

—La más modesta aspiración de una prisionera es que le permitan quedarse encerrada en paz. He tenido que encender la luz en pleno día, capitán, ya que no sé por qué razón dos amarillos han velado con trapos el cristal de la única ventana.

—Usted me cohíbe, Reina Emma —replicó Maloney—. Da la impresión de una testa coronada recibiendo en audiencia a un gusano. Escuche, yo tengo que atender a mi negocio, y éste se descompone en dos partes. Primera: descargar mi mercancía en sitio seguro. Segunda: conservarla a usted como invitada hasta que sus tres compinches hayan quedado fuera de combate para enrolar la piara de asesinos de canacos.

—Curiosa mezcla de sensiblería colombiana y pragmatismo yanqui —sonrió despectiva la mestiza.

—Hablando de Colombia, excúseme si no teniendo más que este camarote imponga al amigo la obligación de que permanezca aquí dentro con usted por espacio de dos días.

—¿Para qué? ¿Y por qué cegaron la ventana?

—Usted conoce muy bien estos parajes. Los recordaría, y no me conviene. Cuando yo la desembarque, una vez terminada la labor de liquidar a sus tres compinches, entonces quedaré tranquilo, y volveré a por mí oro.

—Yo podría firmarle un buen cheque para que me dejase libre apenas divise tierra donde haya bancos ingleses.

—No me engatuse, Emma. No suelto el pájaro que en mano tengo, por las bandadas de avestruces que pueda usted prometerme. A lo dicho. Ustedes dos, como buenos chicos, aquí dentro. Y al transcurrir esos dos días que necesito para despistarles, volveré a abrir la puerta. No intente preguntar al macaco que traerá la comida, porque sólo tendrá oídos, pero será mudo. Hasta pronto.

Salió Maloney, y en el camarote iluminado eléctricamente, quedaron solos Emma Travers y Mario Hidalgo.

—Tu nuevo amigo es detestablemente vulgar. Un aventurero rapaz, dominado por la fiebre del oro, y carente de toda cortesía hacia el sexo débil.

Mario Hidalgo sonrió irónicamente, pero su natural caballeresco se impuso.

—No invoque el sexo débil quien como tú posee la fortaleza de espíritu de un magnate de Wall Street. Ross Maloney es un hombre de vitalidad juvenil sin malear, que habla con el corazón en la mano.

—Te mantiene preso. ¿No ofende esto tu quisquillosidad de caballero de capa y espada?

—Dispuesto estoy a sobrellevar con agrado tus mordacidades,

Reina Emma. Si él nos ha encerrado es para evitar que se sepa dónde oculta el oro que ha conseguido.

—Mi oro.

—Que fué robado mezclando el crimen y el engaño.

—Tú cuando encubrías tu rostro con el pañuelo negro, retabas a duelos feroces a los que llamabas expoliadores de la tierra que pertenecía a los aborígenes. ¿Por qué no retas a Ross Maloney?

—No se oculta de que vino al Pacífico para hacer fortuna. No buscó el oro con maldades. Halló la pista de tu «bungalow».

—Es un blanco y se ha impuesto a una tripulación de chinos. Yo admiraría al hombre que lograse este resultado, Mario Hidalgo… y quizá le daría mi amor.

Mario Hidalgo sonrió amargamente.

—¿Amor y oro? Dos polos opuestos, Emma. No se me escapa la intención de tu oferta. Desearías que traicionando a Maloney, intentando vencerle consiguiera imponerme a la tripulación. Ni por el amor más sinceró yo traicionaría a un hombre de la entereza de Ross Maloney.

***

Ross Maloney al amanecer siguiente, contempló las manipulaciones de Xopinga, que con un extremo de un cable entre las manos iba dejándolo resbalar por la popa del anclado velero.

—Cinco brazas, capitán Pantera —dijo permaneciendo con el cable inmóvil—. El plomo ha tocado fondo y el cable se ha doblado. Este es el banco fijo de las arenas de Arafura.

—Vayamos por partes, Xopinga de mi alma. Supongamos que una corriente marina tiene el capricho de darse un viajecito por esos fondos.

—No las hay en ese paraje, capitán Pantera.

—Me da no sé qué lanzar al agua las cajas. Parece como si las sepultara para siempre en un fondo insondable.

—Cinco brazas tan sólo, capitán Pantera. Al regreso, cuando tú lo ordenes, elegiré varios buceadores, que irán colocando los garfios en las bandas de acero que rodean las cajas. Les quitarán los lastres de sacos de arena, y remontaremos las cajas. Es el escondite más seguro.

—Yo leí una vez una historia de piratas listísimos. Y los tales compadres siempre usaban cavernas y grutas.

—Como tú ordenes, capitán Pantera.

—Claro que también recuerdo que los astutos piratas, siempre terminaban por quedarse sin blanca después de grandes escabechinas, en que todo el mundo sabía dónde estaba el tesoro y la gruta. No creo

en cambio que a nadie se le ocurra registrar esas arenas. No estamos en la bahía de San Francisco donde andan unos grotescos salchichones llamados buzos.

Mientras iban siendo descendidas las cajas con sólidos y triples cables de acero, que remontaban sueltos de garfios una vez las pesadas cajas habían tocado fondo, Ross Maloney canturreaba entre dientes.

Sentíase enormemente alegre. Era un hombre rico, y era ya cuestión de meses el verse en tierra civilizada, leyendo un catálogo de automóviles «Cadillac» antes de poner en marcha el boato con que efectuaría su entrada en el pueblo de Kansas.

—Rubia platino y hablando varios lenguajes —decidió en voz alta, pensando en la secretaria que elegiría—. Y con gafas de carey, para que mamá comprenda que es una muchacha de talento y no una «buscamaridos».

Y una sonrisa de afecto se plasmó en sus labios pensando en la que allá en el lejano Kansas, solía llamarle «grandullón ambicioso».

***

Al amanecer del tercer día de enclaustramiento, Mario Hidalgo acogió con íntimo alivio la entrada de Ross Maloney.

Había sido una dura prueba porque estaba a punto de ser vencido. Emma Travers quizá por natural cambio de carácter o quizá por sabia táctica había sabido hallar frases convincentes, presentándose como víctima de su primer desengaño amoroso.

Discretamente, como una mujer desamparada, había aludido a la mujer que era en el fondo, tan distinta a la que el comentario público pensaba.

Ross Maloney rompió el encanto…

—Se acabó la incomunicación, amigo. Puede usted transitar libremente por cubierta.

—¿Ocultó ya el oro? —inquirió ella.

—Sí. ¿No me pregunta dónde?

—No seré tan pueril, aunque nada pudiera hacer para impedirle el buen éxito de su latrocinio.

—Seré buen muchacho —rió Maloney—. Lo oculté en una gruta encantada, allá a la esquina de la calle treinta y seis, según se sube por la izquierda.

—Me horripila su presunto humorismo —dijo Emma Travers tiesamente—. ¿Se cree gracioso acaso?

—No lo pretendo —sonrió Maloney—. Es que simplemente estoy de buen humor, y con todo su dinero, Reina Emma, no me quitará usted las cosquillas que siento en los labios. Cuando esté en Kansas ya

le mandaré un telegrama… Oiga, procure que sea en ocasión del bautizo de un vástago. Eso es, ahí está su solución. Cásese y tenga hijos. ¿Vamos, Mario?

—¿Yo habré de permanecer siempre encerrada aquí dentro?

—Lo siento. Pero es usted más conocida que Hoover, y si alguien la oteara, quizá se interesarían por mi modesto yate. No me guarde rencor, muchacha. El negocio es el negocio.

En cubierta, Ross Maloney aspiró con deleite la brisa salobre.

—Todo va viento en popa, "Jinete del Pañuelo Negro". Y la proa apunta hacia donde desea: hacia la tierra del canguro. Hacia M'Vala.

Capítulo V

M'VALA

El sargento Francis Romney dedicábase a recorrer las tabernas, los almacenes y los caseríos de troncos, que componían el poblado costero de M'Vala.

Iba inquiriendo informes pero todos eran negativos. Nadie sabía ni podía dar la menor noticia de Mario Hidalgo.

Y no era afán de encubrir al huido de la justicia. Los preguntados eran todos hombres que odiaban al "Jinete del Pañuelo Negro" y que muy voluntariamente habrían proporcionado cualquier informe que condujera a la detención de Mario Hidalgo.

Tahures, matones, capataces famosos por su crueldad, patrones de «saloon»... El hampa de los explotadores del litoral. Ninguno de ellos sabía dar al sargento de los «Warders» noticias del evadido.

En el «saloon» de Roscoe Bill, el prohombre de M'Vala, encontróse Romney con Seldom Geofrey.

Un pianista que demostraba gran experiencia en vaciar «bocks» de cerveza y escasa maestría en teclear, pianoteaba una romanza que debió ser melopresunta canzonetista mestiza, tarareaba una musiquilla a cuyo compás una diosa.

Seldom Geofrey no temió la proximidad del sargento de los «Warders». Estaba autorizado al uso de rifle y pistolas, porque tenía licencia de trampero y cazador.

—Hola, Geofrey —saludó secamente el sargento.

—¿Un «bock», mi sargento? —invitó servilmente él criminal.

—Busco a Mario Hidalgo, el "Jinete del Pañuelo Negro".

—¿Eh? —sobresaltóse el australiano—. La última vez que leí un periódico decía en letras de molde que el tipo ese estaba condenado a veinte años en Kerringdale.

—Se ha evadido, y presumo que andará por esos contornos.

—¿Sí? Descuide, mi sargento. Si le echo el ojo encima, dispararé antes de saludarlo. ¿Hay recompensa?

—Cien libras esterlinas en oro. Están colocados carteles de reclamación. Empezamos por Eddie Creek, después en Grassmate y ahora aquí. Recorro la zona de mi demarcación, Geofrey. Si permaneces en M'Vala, vigila. La captura del evadido te

proporcionaría cien libras en oro.

Abandonó Romney el «saloon» de Roscoe Bill. El pianista secóse el sudor que empapaba su cuello de celuloide, con un pañuelo a cuadros, mientras seguía aporreando con la diestra las teclas.

En el tablado, una bailarina de «can-can» fué acogida con estruendosas ovaciones por los concurrentes.

Roscoe Bill era considerado la máxima autoridad en M'Vala porque su «saloon» era el más próspero del poblado. Corpulento y asmático, con un sempiterno cigarro en la boca, acercóse al enclenque y velludo australiano.

—¿Qué te quería el sabueso, Seldom —preguntó.

Seldom Geofrey señaló con el pulgar al uniformado «warder», que, armado de la culata de su pistola como martillo, clavaba contra una de las columnas de madera del «saloon» un impreso.

Formóse un corro alrededor. La bailarina quedó olvidada y sin música. El pianista fué el que leyó en voz alta:

«CIEN LIBRAS ESTERLINAS EN ORO.

»Por la captura, vivo o muerto, de Mario Hidalgo, el "Jinete del Pañuelo Negro", evadido del presidio de Kerringdale.»

Debajo del lacónico aviso, tres retratos del colombiano miraban de frente y por los dos perfiles a los concurrentes.

Roscoe Bill chupó vigorosamente de su cigarro apagado.

—Quédate aquí, Seldom. El "Jinete del Pañuelo Negro" prometió visitarme. Quizá puedas ganarte las cien libras.

—También irán a por ellas todos esos visionarios hambrientos —dijo rencorosamente el australiano—. Todos se creen próximos al gran filón. Escarban y vadean… Y no consiguen más que cuarzo aurífero que tras semanas de trabajo sólo les sirve para vivir dos tardes con sus noches en tu «saloon».

—Yo soy el verdadero buscador de oro —rió con risilla de hiena, desproporcionada a su volumen, el asmático propietario del «Gold Bush»—. Porque sólo lo busco sobre seguro, desplumando a los imbéciles.

Fué al tercer día de que la efigie de Mario Hidalgo quedó clavada en la columna central del «Gold Bush» cuando un «schooner» atracó en el muelle de M'Vala.

Roscoe Bill, en la puerta de su establecimiento, desde donde divisaba perfectamente el muelle, se devanó los sesos intentando averiguar la procedencia y carga del «schooner».

Conocía todos los barcos que con mayor o menor regularidad efectuaban el tráfico de cabotaje entre Eddie Creek, Grassmate y M'Vala, y también los que procedían del archipiélago en visitas periódicas al poblado.

Pero la traza de aquel buque le era totalmente desconocida. Vió descender por la escalerilla tirada desde cubierta, a un sujeto alto y macizo, cuyo cráneo calvo llevaba varios emplastos de cinta adhesiva, al igual que el lado izquierdo de su rostro.

Y el recién desembarcado dirigióse rectamente al «saloon» regentado por Roscoe Bill, quien agitó su puro, como respuesta al saludo silencioso que le hizo el desconocido.

Roscoe Bill olvidó el «schooner» y al hombre de la cabeza accidentada para pensar que los «Warders» seguían sin encontrar la pista de Mario Hidalgo.

—El próspero propietario del «Gold Bush» tenía una sombra en su euforia de hombre a quien los negocios sonríen.

Veía constantemente aparecer un jinete que, descabalgando de un salto, pistola en mano, le hablaba con fría dureza, cubierto el rostro con un pañuelo negro.

Aun recordaba la «broma» de la noche anterior: un minero ebrio, por juego, habíase anudado a la nuca un pañuelo negro, efectuando una entrada sensacional en el «Gold Bush».

En el primer instante, los concurrentes, dominados por el recuerdo de la eficaz puntería del "Jinete del Pañuelo Negro", habían permanecido inmóviles.

Un disparo estruendoso partió, y Seldom Geofrey, con el rifle humeante en la mano, levantóse de detrás de la mesa que le había servido de parapeto para dispararle por la espalda al beodo bromista.

Con un grito de alegría al considerarse ya en posesión de las cien libras esterlinas, habíase lanzado a arrancarle el pañuelo al cadáver. Y también lo pateó en su desilusión, al comprobar que el semblante del muerto nada tenía en común con los hermosos rasgos varoniles de los retratos.

Los «Warders» decretaron que no le recaía responsabilidad al que había causado un involuntario homicidio, creyendo actuar al servicio de la ley.

Le sacó de sus reflexiones el murmullo de voces alborotadas en el interior de su taberna.

Entró y en el umbral se detuvo para contemplar el motivo que originaba el barullo.

El hombre que había desembarcado apenas hacía unos instantes, estaba en pie encima de una mesa, y en su posición dominaba a

cuantos le rodeaban.

Debía decir algo importante, a juzgar por la atención con que era escuchado, y las preguntas que le asestaban ávidamente.

—…y no soy ningún visionario que relata espejismos —fué oyendo Roscoe Bill a medida que se acercaba—. Hay oro en cantidades que jamás pudisteis soñar…

El desconocido del cráneo parcheado hablaba sin febrilidad, calmosamente. Daba a sus palabras y a sus gestos la mesura de un hondo convencimiento que en los rudos mineros defraudados por continuas pesquisas infructuosas empezaba a surtir efecto.

Tenían hartura de los que volvían de sus campamentos, con brillo reluciente en las pupilas hundidas entre ojeras de vigilias, describiendo incoherentes relatos de vetas inagotables.

Pero una voz se elevó fría e irónica, que fué como un chorro de agua helada sobre el incipiente entusiasmo de los oyentes.

—Si has encontrado tanto oro, ¿a qué vienes a contarlo?

El que preguntaba era Roscoe Bill, que tenía fama de hombre sensato y difícil de engañar.

Hans Rein, desde su posición, miró al propietario del «saloon».

—Lo cuento porque necesito hombres equipados. Un centenar de hombres, y para eso he venido en mi barco.

La mención de un barco demostraba al menos que aquel hombre no era un mísero excavador con su pala y su cedazo y su rifle como únicos medios de vida.

—¿Dónde has plantado tus piquetas de propiedad? —inquirió Seldom Geofrey, colocándose junto a Roscoe Bill.

—Eso no tengo por qué decirlo —replicó Hans Rein, secamente.

—¿Será en las minas de Marco Polo?

El comentario de Roscoe Bill desató las carcajadas de los bastos mineros. Pero en sus risas sonaban notas de exasperación."

Si Roscoe Bill no creía en el desconocido, era otra posibilidad de enriquecerse que se desvanecía.

Hans Rein hizo tan sólo un gesto. Hurgó bajo su chaqueta y extrajo del cinto un bolsón que llevaba colgante.

Con gesto que hablaba de la mucha práctica, vació entre sus pies el contenido del bolsón.

—Aquí está la prueba de qué hablo verdades.

Los «nuggets» destellaban. Eran piedras auríferas limpias de mezcla. Pepitas de ría, lavadas por un experto minero…

Un gran silencio invadió el «saloon» conteniendo las respiraciones de los que parecían fascinados por el pequeño montículo de guijarros amarillos que se amontonaba entre las botas del orador.

—¿Es esto oro o es arena cuarzosa? —preguntó Hans Rein.

—No es del «bush» —comentó Seldom Geofrey, dando vueltas entre sus dedos a una de las pepitas.

Se refería a que el «bush» australiano, horro de ríos, no producía más que oro montañoso, de vetas terrosas.

Y aquellas «nuggets» tenían la deseada contextura de las piedras que los arroyos pulían rascándolas contra los guijarros del fondo de sus cauces.

—Cierto que no es del «bush» —reconoció Hans Rein—. Es de un lugar alejado. Por eso he venido con mi barco. Necesito cien hombres. Cada uno de ellos, con un mes de trabajo, tendrá fortuna para decenas de años. Oro a montones.

—¿Dónde? —inquirió de nuevo Roscoe Bill.

—Lo sabrá quien se enrole —replicó Hans Rein—. Y lo sabrá tan sólo al llegar. No quiero que lo que me ha costado años y años de persistente búsqueda vaya a enriquecer a un preguntón acomodado.

La brusca respuesta de Hans Rein agradó a los mineros. Uno de ellos levantó la mano.

—Di tus condiciones.

—Por cada hombre que con rifle y municiones, equipo completo y provisiones de conservas, se presente a bordo, doy una libra diaria en polvo de oro bien pesado. Permaneceré cuatro días en el muelle. Descontaré ese anticipo de la cosecha diaria allá en mi mina.

—Es demasiado bonito para ser verdad —rebatió Seldom Geofrey.

—Mentiras pagadas a una libra diaria, son mentiras que sólo un multimillonario puede permitirse —dijo Hans Rein.

—¡Tiene razón! —aulló un minero.

—¡No es un multimillonario! Es un minero como nosotros!

—¡Si tiene barco y promete una libra diaria, es que halló el «Gran Filón»!

Apaciguó Hans Rein los comentarios tendiendo las manos en ademán imperativo.

—Aquel que no tenga equipo, yo le proporcionaré el dinero para adquiridlo. Tú que has hablado como incrédulo, reconocerás al menos que, si soy un visionario, soy un filántropo —y Hans Rein apuntó con el dedo haría Roscoe Bill— porque con mi oro tú venderás equipos a los que se quieran enrolar a mi bordo. Pensádlo. Aguardaré cuatro días, y si no completo los cien que preciso, me llegaré hasta Grassmate.

—Más te creerían todos, y yo mismo me enrolaría —dijo Seldom Geofrey— si dijeras dónde está enclavada tu mina.

—Quiero evitar que una avalancha humana se precipite al lugar

donde hay oro para miles de hombres, pero donde a más tocará si vamos un centenar tan sólo.

Y Hans Rein, sabedor de que con aquel argumento final acababa desganarse la fe de los sedientos de riqueza, saltó de la mesa, con más agilidad de la que era dadole suponer en su robusta humanidad.

Abandonó el «saloon», y en la puerta y en la terraza cubierta por maderas en declive se aglomeraron todos los que le habían escuchado.

Lo vieron dirigirse hacia el «schooner» y entrar en él. Hasta bien entrada la noche, una animación sin igual reinó en el «saloon», donde todos habían ya olvidado al "Jinete del Pañuelo Negro" para hablar tan sólo del desconocido y su proposición.

Cuando rayaba el alba y quedó desierto el «Gold Bush», Seldom Geofrey obedeció a la señal de Roscoe Bill y le acompañó a su despacho.

Cerró cuidadosamente la puerta el trampero asesino, a sueldo de Roscoe Bill, e hizo su información.

—A bordo hay tan sólo cinco marineros europeos. Brutos ignorantes, que ni tan siquiera saben a qué ha venido el del cráneo quemado.

—¿Qué crees? —inquirió Roscoe Bill.

—Las «nuggets» eran de las mejores que nunca vi. Ese hombre paga bien, y mañana por la tarde tendrá a su bordo medio centenar de tus habituales clientes.

—Es preciso sacarle el secreto. Tenemos que saber dónde está su mina. No habla como un minero inculto y enloquecido, sino como un hombre de ciencia seguro de lo que afirma. ¡Maldición!

La imprecación repentina de Roscoe Bill alarmó a Seldom Geofrey, que dirigió el cañón de su rifle hacia la única ventana del despacho. Pero no había ningún rostro, cubierto con negro pañuelo, al acecho…

—¡Ya sé quién es! —gritó Roscoe Bill, dando un puñetazo, excitado, en la mesa—. ¡Es el austríaco! ¡Es el que anduvo hace años por esa comarca! ¡El que…! ¡Hans Rein, el geólogo!

—Murió —rebatió Seldom Geofrey, incrédulo.

—No. Dijeron que había desaparecido. He tardado en reconocerlo por los esparadrapos y porque no pensaba en él —y el asmático Roscoe Bill demostró que su flema había desaparecido al hablar precipitadamente—: Cuando él afirma que ha encontrado oro, no lo dudes… ¡Ha descubierto el «Gran Filón»!… ¡Y tiene que ser nuestro!

Guardaron silencio ambos hombres. Al fin, Seldom Geofrey habló con lentitud:

—No revelará voluntariamente él lugar. Sólo son cinco europeos a bordo. Aguardaremos a que su barco esté repleto de equipados

ansiosos de ir hacia la fortuna. Entonces les dará igual ser dirigidos por Hans Rein como por mí, o por ti. Aun tendrán más confianza en ti, al ver que te decides a abandonar tu negocio.

—Sí. Pero, ¿y él?

—Lo traeré aquí. Y hablará… Después un plomo en el pecho, y para nosotros la explotación de sus arroyos de «nuggets».

—Socios —dijo lacónicamente Roscoe Bill tendiendo la diestra.

—Al cincuenta por ciento. Y con los cien del equipo…

—Cuando convenga excavarán mina en montaña… Y los barrenos estallarán sin que lo sepan, cubriéndolos en una tumba de silencio… por avariciosos.

Y Roscoe Bill rió con su risita de hiena, excitados los ojillos. También había sucumbido a la fiebre del oro…

***

Al cuarto día de su llegada, Hans Rein tenía a bordo ochenta y nueve mineros. El total de la permanente población de M'Vala.

Acogió la llegada de Seldom Geofrey con buen humor.

—Uno más. Pero sólo tengo noventa, amigo. ¿Tu nombre?

—Seldom Geofrey. Australiano. Cazador y trampero.

—¿Ambas cosas no son lo mismo?

—También minero cuando es buena la ocasión. Si yo hago el noventa, te faltan aún diez. Roscoe Bill puede proporcionártelos si le pagas una sobreprima de enrol.

—¿Roscoe Bill es el dueño del «Gold Bush, no?

—Sí.

—¿Cuánto de sobreprima?

—Una libra para él por cada enrolado. Él tiene influencia y puede, si lo deseas, conseguirte más excavadores. Bastará con que avise al campamento de Big Joe.

—Bueno. Iré a tomar una copa con Roscoe Bill.

No sabía Hans Rein que con aquellas palabras labraba su epitafio. Tenía la convicción de que acudía al «Gold Bush» para ultimar con feliz éxito su enrolamiento de los que iban a expoliar la isla prohibida de Birara, limpiándola de canacos y de oro.

Entró en el «Gold Bush» acompañado por Seldom Geofrey, quien lo condujo hacia el mostrador, levantando la barra de cinc y entrando por una puerta pequeña abierta entre los estantes da botillería.

—Por ahí al despacho de Roscoe Bill —empezó a decir el australiano.

Hans Rein agachó la cabeza para no dar con ella en el reborde del marco. Entró en el corredor, y de pronto una repentina desconfianza

le asaltó.

Pero su reacción fué tardía. El culatazo que recibió en la nuca le hizo desplomarse como un saco vacío.

No llegó a caer, porque Roscoe Bill, sosteniendo aún en su diestra la pistola con que acababa de golpearlo, lo sostuvo por los sobacos.

Rápidamente, Seldom Geofrey cogió las botas del inerte austríaco, y por los tobillos lo arrastró corredor adelante, mientras Roscoe Bill, llevando por los sobacos al caído en la emboscada, comentó :

—Al despacho. ¡Aprisa!

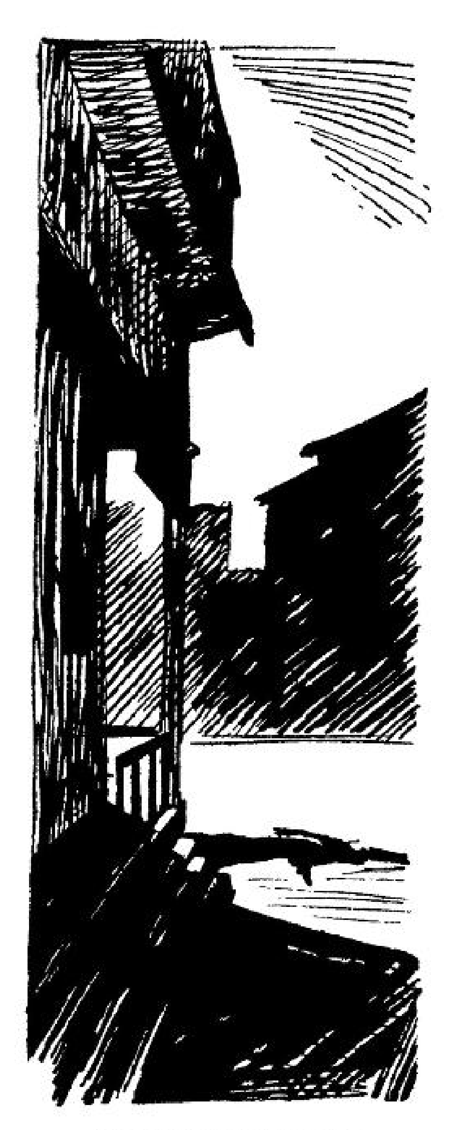
Cuando Hans Rein abrió los ojos sanguinolentos, tardó en darse cuenta de donde estaba. Vió un tosco mobiliario improvisado con pretensión de despacho.

En el sillón mejor, Roscoe Bill, con los pies encima de la mesa, lo miraba malignamente.

Arrodillado delante de sus piernas atadas contra la silla en que se sentaba y contra cuyo respaldo otras cuerdas lo mantenían inmóvil, estaba Seldom Geofrey.

Lo que más angustió al austríaco fué comprobar que sus piernas estaban desnudas, y que le habían sido quitadas las botas,

Comprendía ahora por qué Seldom Geofrey estaba recalentando un hierro de marcar ganado en un hornillo en el centro del despacho.



Una sombra avanzaba cautelosamente…

—Habla —advirtió Roscoe Bill.

—Tan sólo unas palabras —aconsejó Seldom Geofrey.

Hans Rein sintió que un sollozo invadía su garganta. Años y años planeando el magnífico proyecto… y ahora iba a ser atormentado y asesinado después de revelar el emplazamiento de Birara.

Y dos míseros aventureros de M'Vala, el poblado perdido en el litoral australiano, le habían cazado a él, a Hans Rein, el geólogo de fama universal…

Lloró rabiosamente, y Roscoe Bill rió. Seldom Geofrey relinchó en

carcajadas mudas, que sólo gruñían en su garganta.

Las lágrimas del prisionero eran demostración de lo grande que era su descubrimiento.

—¡Acaba! —atajó Roscoe Bill, levantándose.

Su diestra abofeteó a diestro y siniestro la cabeza de Hans Rein, sacudiéndola.

—¡Habla! —ordenó Geofrey, aproximando el hierro candente que acababa de extraer del hornillo.

Un calor agudo por su intensidad sobresaltó a Hans Rein, que se incorporó a medias intentando forcejear. Pero las ligaduras le mantenían incapacitado para moverse.

Intentó derribar su silla, pero Roscoe Bill prestamente se colocó tras él, apoyándose en el respaldo de la silla.

—¿Dónde está tu mina?

—Podéis matarme. ¡No hablaré! ¡Matadme y no sabréis dónde está el oro!

Hizo tan sólo una señal Roscoe Bill. Un acre olor a carne quemada invadió el estrecho despacho y la planta de uno de los pies del austríaco se ennegreció, arrugándose, en espasmos nerviosos.

La cabeza moteada de esparadrapos cayó sobre el pecho del prisionero.

—Se ha desvanecido otra vez —gruñó Roscoe Bill.

—Lo despertaré en forma tal que no volverá a desvanecerse y hablará cuanto sepa —rugió Seldom Geofrey.

Cogió unas astillitas de encima de la mesa y asió la diestra de Hans Rein. Una de las astillitas penetró con fuerza bajo la uña del pulgar…

Chilló agudamente Hans Rein, y sobre su boca la manaza de Roscoe Bill actuó de rápida mordaza.

***

El callejón donde estaba sito el «Gold Bush» tenía una reverberación de sombras a la luz de la luna, que recortaba blancos rectángulos entre los edificios de madera.

Un hombre en pie entre dos casas separadas, avanzaba cautelosamente. Llevaba el rostro cubierto por un pañuelo negro.

Hacía ya largo rato que Ross Maloney había acompañado hasta la playa del oeste de M'Vala a Mario Hidalgo en su canoa automóvil.

Y Mario Hidalgo sabía ya dónde encontrar a Hans Rein…

Lo que no sabía es que en el espacioso «saloon», un marino pelirrojo parecía aburrirse soberanamente tecleando con sus dedos encima de las fundas abiertas de sus dos «Colt».

Ross Maloney necesitaba cerciorarse de que el "Hombre del

Pañuelo Negro" no había fracasado en su primer intento.

***

—¿Dónde? —preguntó Roscoe Bill, sudoroso.

El austríaco habíase desvanecido cuatro veces, y otras tantas, con nuevas «invenciones», Seldom Geofrey, exasperado, lo había despertado.

De pronto, Geofrey gritó:

—¡Dilo ya, condenado! ¿Dónde está la mina?

Pero Hans Rein no podía ya hablar. Un colapso cardíaco había extinguido la vida del hombre que había salido indemne de peligrosas aventuras.

Había muerto como un vulgar ciudadano.

—¡Está muerto! —rugió Roscoe Bill, dando puñetazos en el rostro lívido del austríaco.

Tardaron ambos hombres en darse cuenta de que por la ventana que hacía ya instantes se había abierto cautelosamente, un enmascarado acechaba.

De pronto, Seldom Geofrey saltó empuñando el rifle, y Roscoe Bill llevóse las dos manos al cinto…

Fueron dos disparos certeros y un disparo alocado.

El rifle de Seldom Geofrey le saltó de las manos, después de que su balazo destrozase el marco de la ventana.

Mario Hidalgo entró en el despacho aureolado por el humo, a la par que, girando sobre sí mismo como una peonza, Roscoe Bill, con las dos manos apoyadas en las culatas, caía lentamente.

Mario Hidalgo apoyó su mano en el corazón de Hans Rein.

En el suelo, Seldom Geofrey daba puntapiés en estertores agónicos…

***

Los tres disparos simultáneos hicieron rigidizarse a los seis ocupantes del «saloon». Dos mujeres, el único camarero que no se había enrolado y dos mineros que habían desembarcado del «schooner» para beber sus copas de despedida de M'Vala.

Los dos mineros estaban en la mesa junto al marino.

Por el mostrador apareció la figura del hombre con el rostro cubierto con el negro pañuelo.

Mario Hidalgo quitóse la tela que cubría sus facciones hasta los ojos, y la dejó colgar de su cuello.

—¡«Hey»! —advirtió Maloney poniéndose en pie—. Eso no es jugar

limpio, muchacho.

El minero interpelado que levantaba el cañón del rifle hacia Mario Hidalgo, engarfió el dedo en el gatillo, pero su disparo perforó el techo.

Ross Maloney a la vez que levantaba el arma disparada, asestaba un brutal rodillazo en el estómago del que pretendía ir a la caza de las cien libras esterlinas.

El otro minero que se había puesto en pie, quedó desarmado cuando de su diestra saltó el revólver en cuya culata rebotó el balazo que Mario Hidalgo acababa de dispararle…

Las dos mujeres chillando, desaparecieron bajo la mesa, imitando al camarero, que también experto en estas lides frecuentes, se había agazapado bajo el mostrador.

Mario Hidalgo arrancó el cartel clavado en la columna central.

—Gracias, capitán Maloney —limitóse a comentar mientras salían del «saloon».

Ross Maloney andaba a largas zancadas equivalentes a la carrera de un hombre de mediana estatura corriendo.

—¡Esfumémonos, "Pañuelo Negro"! ¿O no cazó a Hans Rein?

—Murió como vivió. Atormentado.

Ross Maloney apresuró el paso. Allá en lontananza, en el marco iluminado del «saloon», varias siluetas de «warder» se dibujaban…

—¡«Hey»! ¡Acelerador! —apremió—. Donde hay uniformes no me gusta discutir.

Mario Hidalgo imitó al americano en su elástica zancada de progresivo «sprint». Llegaron al extremo oriental, donde en una caleta desierta aguardaba la canoa automóvil.

Petardeó el motor, y rauda la bruñida embarcación abrió penachos de espuma en dirección al lejano emplazamiento del «Panther».

***

Dos epílogos tuvo la rápida incursión de Mario Hidalgo en M'Vala.

Francis Romney ordenó a sus hombres que redoblaran la vigilancia en Grassmate y Eddie Creek.

Y el «schooner» fué incendiado por iracundos mineros que de nuevo se veían desilusionados, y esta vez más cruelmente porque habían estado soñando incesantemente en las realidades prometidas por el hombre del cráneo quemado.

Capítulo VI

RUMBO A GRASSMATE

El «Panther» alejóse de M'Vala en la noche y amparado por sus sombras, mientras allá en el «Gold Bush» un sargento limitábase a comprobar la defunción del prisionero junto al que dos cadáveres atestiguaban la certera puntería del reaparecido "Jinete del Pañuelo Negro".

Dos «warder» recogían informes de los dos mineros contusionados…

Ross Maloney en el camarote que le servía de comedor, despacho y dormitorio, señaló hacia la puerta cerrada tras la que estaba Emma Travers.

—Sería remover el puñal anunciarla que uno de sus dos socios ha fallecido —dijo humorísticamente, sin crueldad.

—Hans Rein murió atormentado por dos sujetos que querían sonsacarle el lugar del oro. No lo dijo.

—Oí tres disparos.

—Dos fueron míos.

—Ya —dijo tan sólo Maloney.

Mario Hidalgo extrajo de entre su camisa a cuadros y la piel, el papel impreso que había arrancado de la columna.

—Lea, capitán Maloney.

Ross Maloney inclinóse sobre la hoja extendida encima de la mesa.

—¡Cáscaras! —sonrió después de leerlo en alta voz—. Viaja usted por tierras dispuestas a recibirle muy cordialmente.

—Por eso le ruego que en Grassmate no baje a tierra, capitán Maloney. Puede perjudicarle.

—Escuche, hermano. Le dejo llevar el timón, porque usted considera asunto personalísimo liquidar a los tres exploradores. Pero si le falla alguno, yo debo terminar la faena. Porque así se lo prometí al pintor de la Isla Prohibida.

—Actuó usted imprudentemente en el «Gold Bush».

—¿Eh? Usted fué el imprudente. ¡Demontres! Aparece usted como un mascaron de las películas de miedo… y a poco más le descerrajan un riflazo en pleno pañuelo de luto.

—El sargento Romney sabrá ya que un marinero pelirrojo intervino

a mi favor.

—Ya procuraré yo que el sargento Romney no tenga ocasión de invitarme a charlar. Ahora vamos a Grassmate, ¿no? Usted es un chico que tiene estudios, como lo ha demostrado manejando como un experto el compás y las cartas marinas, situando a Xopinga en el rumbo a Grassmate. Puesto que es hombre leído e instruido, sabrá adivinar que cuando se me pone algo entre ceja y ceja, nadie me lo quita. Muy gustoso me largaré cuando los dos que quedan estén recibiendo paletadas de tierra por encima.

—Vea —y señaló Mario Hidalgo el cartel de recompensa.

—¿Y qué?

—Posiblemente otro cartel igual pero con distinto retrato aparecerá por toda la demarcación encomendada a la vigilancia de Romney. ¿Se da cuenta? Usted con un letrero valorándole.

—Siempre fué mi ambición ver mi nombre en los periódicos —sonrió Ross Maloney—. Y nunca esperé verme en primera plana, como los candidatos a la presidencia.

—Presidencia poco de desear, capitán Maloney. Puede suponerle años de presidio por ayudar a un evadido de Kerringdale.

—Grassmate y Eddie Creek. Después, feúcha agua de por medio, y rumbo a tierras donde nadie sabe lo que es Kerringdale y donde no llega la zarpa cordial del sargento Romney.

—Bien. Sea cual sea el final de este viaje peligroso, siempre le recordaré como un alegre y decidido caballero cumplidor de su promesa a un pobre loco sentimental.

—¿Quién es el pobre loco sentimental?

—Robert Charles, el médico pintor de la Isla Prohibida.

Rió Maloney brevemente, pero sin ironía, más bien con simpatía.

—Apártate le dijo la sartén al cazo —comentó—. En otras palabras: un hombre como usted, que logró evadirse, no debería andar por los lugares donde le esperan para echarle la cadena. *¡Abur!* Con su pan úntese su mantequilla.

Iba a salir Maloney cuando Mario Hidalgo preguntó:

—¿Puedo hablar con Emma Travers?

—Haga lo que quiera, Mario. Pero admítame un consejo. Yo no entiendo ni jota en cuestiones de amores, pero me temo que fué acertada la palabra con la que Reina Emma bautiza sus «bungalows»: «Boomerang»… El madero pesado que si atina no vuelve, pero si falla regresa. Usted falló.

—No le entiendo.

—Un inglés que conocí en Shanghai era muy cínico, pero a veces decía cosas que me parecían acertadas. Dijo que el que conseguía ser

amado perdía interés por la persona elegida. Y, en cambio, el que no hallaba eco persistía. Usted no atinó y vuelve a ella. Conste que son comentarios por charlar…

Mario Hidalgo enderezó la varonil cabeza estatuaria.

—Prefiero ser un «boomerang» a vivir quizá sin amor, capitán Maloney.

Ross Maloney salió y por espacio de varios minutos anduvo por cubierta con las manos en los bolsillos de su pantalón.

Llegó a una conclusión en sus meditaciones. Más peligroso que el oro era aquello que llamaban amor y que él desconocía.

No creía capaz al colombiano de traición, pero no obstante lo vigilaría. En un arrebato romántico aquel «sangre caliente» podía querer liberar a la que amaba…

Y era innegable que Mario Hidalgo estaba perdidamente enamorado. Frunció las narices el americano.

—No quiero que un corazón palpitante me lleve a la bancarrota.

Rió alegremente, por su reciente imitación del estilo oratorio del decidido romántico, que confesaba haber dado muerte a dieciséis criminales…

—Dieciocho —corrigió en voz alta—. Y le quedan dos, si no le dan caza antes.

Ni por un instante le pasó por la imaginación que también él era ahora un perseguido de la justicia en la zona donde los «warder» del sargento Romney vigilaban.

Tenía la convicción de que un hombre en posesión de un tesoro, sepultado a cinco brazas en un banco de arena, y más seguro que en un Banco de cajas blindadas, no podía caer preso.

Decidido a todo, meditó un instante más y, por fin, en su polvorín eligió una caja de madera oblonga, laqueada.

El escondrijo ideal para su fusil-ametrallador, con el que en Grassmate andaría más seguro.

—Hay que tomar las mismas medidas que emplearía un rentista con *carnet* de cheques. Morir o caer preso con un fortunón esperando, tiene que ser una terrible desgracia. ¡Imbécil! —se apostrofó de pronto —. Si fueras un chico listo, darías media vuelta y te largarías a recoger la moneda y rumbo a San Francisco.

Se encogió de hombros, con leve exasperación.

—Este colombiano del demonio me ha contagiado su espíritu poco práctico.

Con aquel comentario Ross Maloney quería excusarse de lo que consideraba una debilidad impropia de un hombre de negocios.

Pero recordando el rostro iluminado por una bondad infrecuente

entre los humanos del pintor de Birara, sintió que su «debilidad» tenía excusa.

***

Emma Travers, al entrar en su camarote Mario Hidalgo miró el atuendo del colombiano.

Las botas altas de minero y caballista, el pantalón de montar de recia piel, la camisa a cuadros, el pañuelo negro colgando del cuello, el sombrero de ancha ala apoyado en la espalda sostenido por el barboquejo de cuerda alrededor también del cuello…

—En M'Vala tenía yo uno de mis tantos escondrijos —dijo el colombiano replicando a la muda pregunta.

—El "Jinete del Pañuelo Negro" ha vuelto a las andadas. Sólo que ahora su caballo es el velero de un pirata aventurero.

—Ross Maloney ha demostrado tener el mejor temple que jamás he apreciado en ningún humano.

—¿Un hombre que manda en piratas chinos? ¿Que mata sin titubeos?

—Mata defendiéndose. Ley de sobrevivencia. Pero ningún hombre en posesión del maldito oro que enciende la sangre hubiera hecho lo que él hace. Cumplir su promesa al francés de la Isla Prohibida, corriendo el peligro de ser preso o muerto. Otro cualquiera habría huido con su botín, importándole muy poco que tus cómplices convirtieran a Birara en el Infierno del Pacífico.

—Te he estudiado en estos días, Mario —y la mestiza sentóse en la litera. Hablaba con dulzura—. Amas el peligro y vives inquietamente, porque a tu modo también tienes una locura.

—No es loco quien se da cuenta de que lo es —sonrió melancólicamente Mario Hidalgo—. O dicho al estilo de Ross Maloney: no es tan idiota aquel que sabe reconocer que lo es.

—Prefiero tu estilo, Mario.

—¿Cuál es mi locura?

—Quieres revivir épocas pasadas sintiéndote el caballero andante que corrige las injusticias. ¿Qué lograrás? Hasta ahora, presidio. ¿Crees que tú solo puedes enmendar los forzosos errores de la sociedad? Eres una gota de agua balsámica en un océano de egoísmos pestilentes… No hablo así por burlarme de ti, Mario. Sé que obras por sincera convicción. ¡Ojalá en mi primera juventud hubiese hallado un hombre como tú! No sería Reina Emma, la poderosa… Sería Emma Travers, una feliz esposa…

Desvió la vista y su rostro supo adquirir una expresión adecuada al proseguir con voz apasionada:

—Huyamos lejos, Mario. Donde nadie sepa que yo soy Reina Emma. Cualquier rincón del mundo donde nadie pueda manchar con elogios a la mujer negociante, la quietud de un hogar…

—Quisiera creerte, Emma… pero ¡no puedo!

—Eres psicólogo, Mario ¿Cuándo oyes hablar de un personaje importante crees acaso que es como lo describen? En la soledad íntima de sus pensamientos habrá un anhelo. Aparentemente lo tiene todo: poder, influencia, fortuna… ¿Tiene cariño? ¿Tiene un afecto puro? ¡No! Le rodean egoísmos interesados, trabajo, recelos… ¡Un infierno!

Forzó Mario Hidalgo una sonrisa.

—Cantos de sirena…

Se puso ella en pie, estatua de la indignación.

—Vete, Mario Hidalgo… Llegaría a odiarte si te comportaras como un vulgar humano… Te odié por romántico… y ahora, ahora… ¡Vete!

No hubo dramatismo en el gesto con que ella cubrióse el rostro con las manos, y los apagados sollozos que agitaron sus hombros tenían un aspecto de sinceridad impresionante.

Con lentitud, Mario Hidalgo salió del camarote. Cejijunto, fué a detenerse bajo la linterna donde en cubierta Ross Maloney silbaba.

Era una musiquilla exasperante. El ritmo en boga: «Yes, we have no bananas»…

—¡Calle, por favor, calle!

Ross Maloney quedóse con los labios fruncidos en silbido apagado.

—¡Cáscaras, amigo! No me gusta que me griten como riñen en la escuela. Ni usted es mi maestro ni yo admito chillidos…

Pasóse Hidalgo la mano por la cara, y era evidente su desazón.

—Excúseme, pero envidio su tranquilidad espiritual, Maloney. Envidio la intrascendente trivialidad de su corazón, que no es más que un órgano destinado al riego sanguíneo de sus venas inalterables.

—Veamos, muchacho, ¿qué le ocurre? Tiene cara de fantasma novato saliendo de su primer castillo encantado, asustado de la compañía de sus colegas.

—Óigame, Maloney. ¡Pégueme un tiro si me ve entrar de nuevo en el camarote donde está Reina Emma!

—¡Demontres! No tengo la menor intención de acribillarle. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque… ¡no sé si ella es sincera o me miente!

—Intríngulis en que creo están todos los muchachos enamorados. No se apure por eso… Pasará. Es una enfermedad como la escarlatina y el sarampión…

—¡Calle, por favor¡ —atajó de nuevo Mario Hidalgo—. Habla usted de cosas que ignora. Usted no sabe lo que es querer en forma tal que

vibran las fibras del alma, al oír la música de las palabras de la amada.

—Yo prefiero la música de Jack Hilton. Se pagan unos centavos. Se compra el disco y cuando está rayado o fatiga se rompe. Y asunto concluido. No tome el asunto ese tan a lo trágico.

—Temo… que le traicionaré, Maloney… Que amar vence la dignidad. Y no quiero tener que elegir entre la amistad y el amor.

Ross Maloney adquirió una repentina seriedad. Tendió la mano.

—Un hombre que habla como usted acaba de hacerlo no puede traicionar, Mario Hidalgo —y estrechó fuertemente la diestra del colombiano—. Es usted un gran tipo… ¡Lástima que tenga un corazón sin válvula de seguridad!

Sonrió melancólicamente Mario Hidalgo.

—No se enamore nunca, Maloney.

—¿Por qué no? Cuando esté en Kansas, pasaré revista a las muchachas del pueblo. La que sea más limpia, guise mejor y no sea demasiada guapa para que no tenga ínfulas, ésa será mi esposa.

—No es amor —comentó el colombiano—. Es conveniencia limpia de cálculo, pero nada tiene que ver con amor.

—Yo creo que usted está enfermo al igual que el que continuamente habla de su hígado. Tanto lo menciona que acaba por enfermar, y usted tiene siempre la palabra «amor» en los labios. Bien. Lo cierto es que tengo en cuenta lo que me ha dicho. No le pegaré un tiro si entra en el camarote a visitar a Emma. Pero por si acaso, es mejor que no se someta a la tentación. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—En Grassmate podría ella desembarcar… —empezó a decir Hidalgo.

—¡Nueces! Entonces es cuando tendríamos legiones de sabuesos tras nuestros tacones. Ella seguirá a bordo hasta mucho después de que abandonemos Eddie Creek. Y entonces allá usted, amigo. Se queda con ella o, si quiere, yo le llevo a Norteamérica. Allí no le alcanzará Romney, y le convendrían aires de mi tierra. Le despejarían el cerebro haciéndole comprender que el amor ideal es el de una buena cocinera que sepa vestirse para ir al cine, y no se complique la existencia soñando en zarandajas románticas. Buenos *bistecs* y buenos negocios. Esa es la vida.

Encogióse de hombros Mario Hidalgo.

—Se nace con un carácter, capitán Maloney. Le envidio el suyo… y a la vez siento pena.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Desconoce usted las delicias de sufrir anhelos de pasión.

—Ya desvaría, amigo. Bueno. Cada perro con su caseta. Ahora

olvídese de Reina Emma, y vea la proa.

Tendió la mano en la noche hacia adelante.

—Vamos a Grassmate. Buen pulso y cabeza despejada, "Pañuelo Negro".

Capítulo VII

GRASSMATE

Park Ojo-de-Tiburón no era un desconocido en el litoral australiano. Su ojo de cristal, su talla achaparrada y sus andares simiescos habíanse popularizado entre los mineros australianos.

Cuando desembarcó del «brick» tripulado por cuatro marineros mestizos dirigióse rectamente a la Oficina de Inmigración.

Grassmate era el núcleo principal de aquel territorio enclavado entre el cabo de Carpentaria, el archipiélago de Nueva Guinea y el estrecho de Torres, y cuyo límite occidental eran los páramos de M'Vala.

Seguía siendo la oficina en la que entró un mísero cuartucho donde escasamente había trabajó. Sólo acudían los que querían repatriarse. Y eran pocos los que tenían la voluntad de reconocer su fracaso.

El empleado que vegetaba tras su mesa, releyendo periódicos atrasados y revistas humorísticas, levantó la vista del amontonamiento de papel impreso.

—Hola —saludó Park —. ¿El viejo Holligan?

—Murió de fiebres. Yo le sustituí hace tres años. Vine de Sidney.

—No me conoce entonces. Quiero reclutar cien hombres aptos para el manejo de pala y pico.

—Esto no pertenece a esta oficina, señor.

—Ya lo sé. Pero un anuncio en su puerta ofreciendo paga diaria, manutención y equipo arreglaría las cosas como lo deseo.

—Grassmate es próspera, señor. Todos tienen trabajo en las plantaciones del interior. Se está construyendo un sistema de riego artificial, por evaporación de agua de mar que…

—Que fracasará como en otros sitios. Esta zona es seca, y lo será. No compensa el resultado el financiamiento de labores tan costosas. En tierra de arena, no puede haber cultivo provechoso. Pero no nos apartemos del motivo de mi viaje. Tengo un «brick» anclado, y he venido a por un equipo de cien hombres.

—¿Con qué fin?

—Trabajarán en otra tierra más generosa. Cultivo intensivo. ¿Cuánto les pagan en la obra del regadío artificial?

—Dos libras a la semana y las dos comidas. La mayor parte son

antiguos mineros que ya han desistido.

—Hombres aptos entre los que seleccionaré los que preciso. Ponga un anuncio diciendo que se ofrece una libra diaria y equipo a los que quieran enrolarse. Para informes, que acudan a mi «brick».

—Querrán saber dónde van.

—Ya se lo diré yo cuando lleguemos. Redacte lo mejor que sepa el anuncio y tome, por las molestias…

Eran monedas de oro. Cuatro libras… El empleado las cogió satisfecho. El oro acuñado no miente.

Park Ojo-de-Tiburón había perdido unos días, pero había trocado sus pepitas de oro por monedas. Era hombre precavido y prudente.

***

Francis Romney y cinco «warder» galoparon incesantemente, cubriendo la distancia que separaba M'Vala de Grassmate. Descansaban tan sólo en los puestos desérticos, donde se alojaban los dos «warder» de vigilancia en anchas zonas donde sólo habían conejos, avestruces, algún canguro y de vez en cuando algún minero solitario extraviado.

Era un viaje que sólo de mes en mes efectuaba Francis Romney. Pero lo iba repitiendo ahora por dos veces en un corto lapso. Era ésta la segunda vez que tomaba el camino de Grassmate.

Cuando llegó a la principal ciudad de su demarcación, fué recorriendo los lugares donde podía obtener informes.

Adquirió la convicción, de que si Mario Hidalgo reaparecía, no podía escapar. Tanto Grassmate como Eddie Creek, únicos sitios habitados, eran cepos donde los «warders» y muchos colaboradores espontáneos aguardaban anhelantes la aparición del "Pañuelo Negro", por cuyo dueño ofrecían cien libras esterlinas.

Pero ahora había una modificación añadida a las órdenes que daba Francis Romney. Sería también recompensada la captura de un marino alto y pelirrojo que ayudaba al evadido.

Por los informes adquiridos en M'Vala dedujo Romney que la huida de Mario Hidalgo en compañía del desconocido marinero, había tenido lugar en una lancha de motor.

Un minero de los que no habían pernoctado en el «schooner» que poco después era incendiado, declaró haber visto la estela de una canoa automóvil perderse en el horizonte en alta mar.

Cabía la posibilidad de que pretendieran llegar con ella al archipiélago, donde ya telegráficamente había alertado Romney los varios puertos.

Y ahora procedió a montar un servicio especial en Grassmate. Las

lanchas motoras de que disponían los plantadores de la ciudad fueron movilizadas con la orden expresa de no vacilar en disparar contra los posibles ocupantes de una canoa automóvil.

Tras la descripción de ambos perseguidos, Francis Romney, fatigado, decidió quedarse a descansar en Grassmate.

Leyó sin gran interés el anuncio colocado en la puerta de la Oficina de Inmigración. A veces venían del archipiélago en busca de trabajadores blancos…

***

El «Panther» disminuyó la marcha al atardecer. Según los cálculos de Xopinga, faltaban tres horas de singladura para arribar a la bahía donde se hallaba Grassmate.

Y Ross Maloney estipuló que la llegada de la noche favorecería un mínimo de probabilidades en contra.

Eran las diez de la noche cuando el velero se mantuvo al pairo, invisible aún el litoral australiano. La canoa «Crhis Craft» fué arriada y en ella Mario Hidalgo presenció cómo Ross Maloney colocaba en el banquillo una caja oblonga de madera laqueada.

—No soy muy experto en lides de esta índole, amigo —dijo Maloney—. Pero esta «zapatilla» arma mucho ruido. En M'Vala nos debieron oír. ¿Quién nos garantiza que en Grassmate no aguardan a oír el zumbido del motor para saltarnos encima?

—Es posible. Por eso aconsejo desembarcar diez kilómetros al oeste de la ciudad. Hay allí un lugar tranquilo donde nadie reside.

Puse Maloney el motor en marcha y el ruidoso petardeo rasgó el silencio de la noche. Sólo se vela confusamente el velamen del barco y la estela de progresivas espumas que a popa de la embarcación rubricaba la salida de la canoa.

***

Park Ojo-de-Tiburón sostenía una conversación al parecer amistosa con uno de sus antiguos conocidos. Estaban ambos alejados de la ciudad.

El minero había citado al explorador.

—…no podrás engañarme. Tú dejaste creer en tu desaparición porque te convenía. Has hallado mineral. Y te hacen falta hombres… Pero no los engañarás. Les dices que van a una plantación de una isla. ¡Mentira! Les diré que piensas alucinarles con el oro, y después, cuando te hayan servido para lo que solo no puedes emprender, ya hallarás manera de quitarlos de en medio como hiciste… con…

¡Cuidado, Park! Te hablo y, pese a la obscuridad, te vigilo. No intentes treta…

—No seas imbécil y hablemos como posibles socios. No te he de negar que he hallado oro. Necesito un hombre de tu capacidad… Mucho oro. Oro en pepitas limpias de mezcla. Oro que…

La mención continuada de la palabra distendió los músculos del minero. El revólver que quiso esgrimir no obedeció a sus brazos relajados por la ráfaga de tres disparos que Park acababa de dispararle…

Cayó al suelo, en contorsión agónica. Un silbato a lo lejos aulló. Un «warder» llamaba a sus compañeros. Había oído sin duda alguna el disparo.

Cargó Park sobre sus espaldas el cadáver y corrió… De pronto se detuvo. El ojo sano que le quedaba estaba agudizado y clara y distintamente percibió en lontananza la estela de una canoa que se dirigía hacia una bahía distante unos kilómetros.

Recordó de pronto el servicio de patrullas montado en Grassmate, con lanchas preparadas para cortar el paso y capturar a Mario Hidalgo y al «marino pelirrojo».

Con salvaje decisión arrojó desde la altura en que se hallaba el cadáver, que fué a despeñarse, saltando de roca en roca por el acantilado, hasta hundirse en el mar, abajo en la profunda sima.

Y Park disparó de nuevo, al aire esta vez.

—¡«Warders»! —gritó.

La silueta del uniformado agente apareció a escasa distancia, empuñando el rifle.

—¿Quién disparó? —gritó una voz enérgica—. ¡Pronto! ¡Contesten o haré fuego!

—¡Una canoa motor! ¡Allá! La vi y disparé para llamar la atención de sus compañeros, «warder».

El vigilante silbó de nuevo, y poco después cuatro «warders» corrían a parapetarse con sus rifles tras las rocas cercanas al camino que ascendía desde la bahía.

El vigilante que había sido alertado por los disparos de Park corrió hacia la ciudad a reunir a todos los compañeros y pobladores y avisar al sargento Romney.

La canoa automóvil, con el motor parado, avanzó en último impulso y vino a detenerse junto a la roca que, avanzando encima del agua, fué enfocada rápidamente por la linterna eléctrica.

Unos brazos ataron una cuerda alrededor de un saliente rocoso y la lancha quedó inmovilizada.

Saltó primero a tierra la silueta de un hombre vestido con pantalón

de montar y botas altas. Llevaba al cuello un pañuelo de negro color, al cual la luna confería destellos sombríos de seda…

Tras él pisó la roca un alto individuo que bajo el sobaco llevaba una caja laqueada…

Los cuatro «warders», con el dedo en el gatillo, enfocaron cuidadosamente las dos siluetas que acababan de saltar de la roca a la arena.

No había más que un camino practicable para el ascenso. El camino donde los cuatro «warders» aguardaban parapetados tras sendas rocas.

Ross Maloney aspiró con deleite el aire salobre. Habían pisado sin contratiempo el suelo arenoso de Grassmate…

—En camino —dijo alegremente—. Y no se quite respiración con el pañuelo de luto, amigo. ¿Qué más da? Ya todo el mundo sabe que es usted Mario Hidalgo. ¡Vamos! Si hay zafarrancho, me animará un poco, porque llevo algún tiempo inactivo.

Mario Hidalgo empezó a andar, seguido por Ross Maloney. Los cuatro «warders» arquearon los índices en sus gatillos…



Dice el Capitán Pantera:

Las tristezas se barren con calorías



Volúmenes publicados:

1. Piratas modernos
2. La ley del hampa
3. La hija de Yuan-Kang
4. La muerte viaja en yate
5. Terror en el Jai-Alai
6. El Tiburón Malayo
7. Las Siete perlas
8. La isla prohibida
9. Boomerang

Próximo episodio:

EL INFIERNO DEL PACIFICO

Publicaciones LUX - Palma San Justo, 14 - BARCELONA

Notas

←1

Expresión inglesa equivalente a Don Juan.

←2

Véase el volumen de esta colección titulado *La Isla Prohibida*.